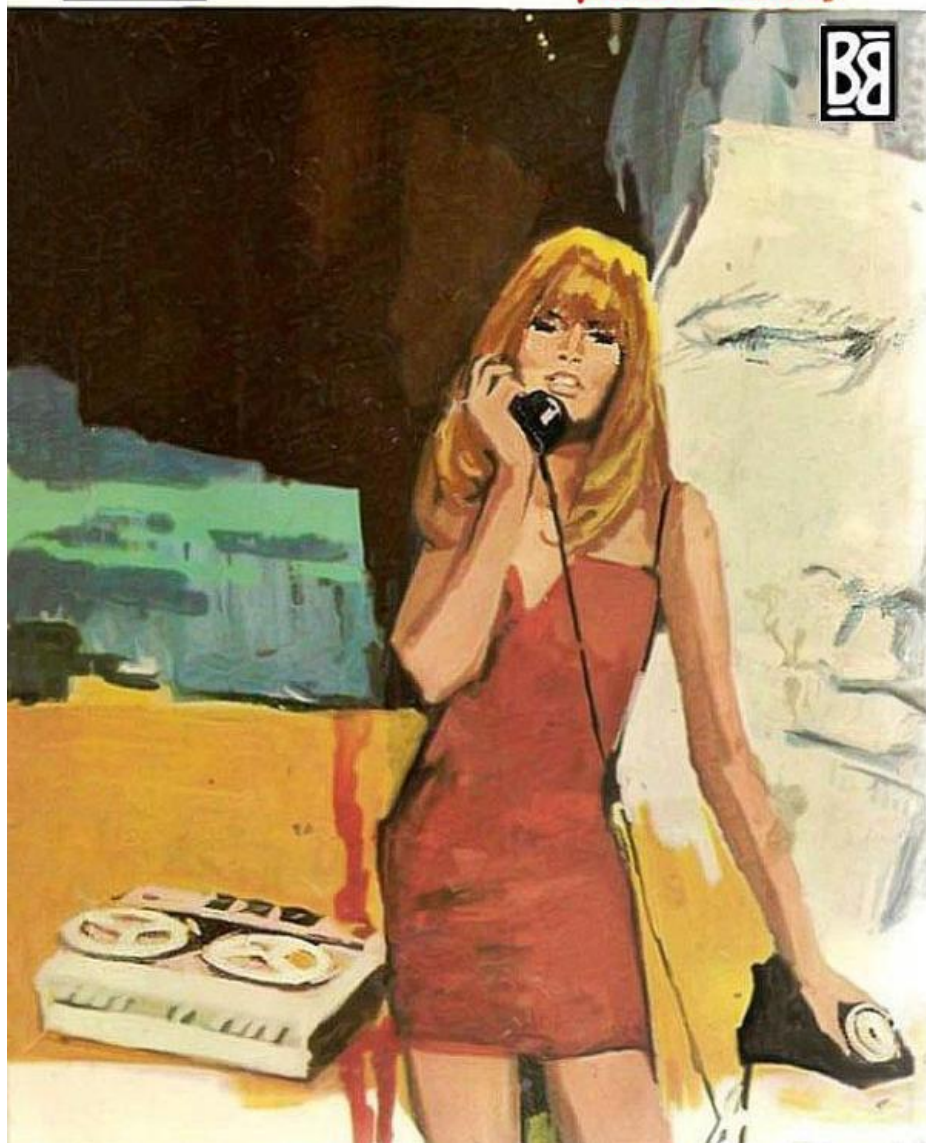


PUNTO
ROJO

serena en su ataúd

peter debry

B&B



COLECCION

PUNTO ROJO



PETER DEBRY

SERENA EN SU ATAUD

Colección PUNTO ROJO n.º 338

Publicación semanal

Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES

CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legal B 29.063-1968.

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: octubre 1968

© PETER DEBRY - 1968
sobre la parte literaria

© DESILO - 1968
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1968

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

983. — Aprender a no morir.

En Colección SERVICIO SECRETO:

858. — Héroe peligroso.

En Colección BUFALO:

713. — A todo calibre.

En Colección CALIFORNIA:

623. — Tiros por la culata.

En Colección SALVAJE TEXAS:

614. — Legionarios del «Colt».

En Colección COLORADO:

462. — Telón de plomo.

En Colección PUNTO ROJO:

270. — Los bribones.

En Colección ASES DEL OESTE:

374. — «Kentucky Joe».

En Colección BRAVO OESTE:

287. — La heredera y los forajidos.

En Colección KANSAS:

470. — Pistolero lunático.

CAPITULO PRIMERO

No viene al caso describir Cala Blava. Un paraje de ensueño por los alrededores de Lloret de Mar. Fascinó a una élite internacional que posee una ventaja: puede pagar la calidad.

Yo no. Pero mi profesión accidental me permitía residir en aquel magnífico lugar. Además, cobrando. Una paga ganada en un ambiente exteriormente refinadísimo.

Tratar con gente distinguida y cerebral, desquicia a la larga. Y a veces agota más que apencar con pico y pala.

Por eso, cuando rondaban las veintitrés horas, mi organismo reclamaba reposo. En el minúsculo y funcional cuarto de baño, estaba yo cepillándome los dientes, como preludio a mi zambullida en el lecho.

Por el gran ventanal del *living*, la abierta cristalera dejaba penetrar la brisa de la noche. Alentaba una envolvente y mágica serenidad. Olía a primavera. Olía a mujer.

El susurrante silencio se truncó. Un par de golpes secos en la puerta del *bungalow* enano que la urbanización me había cedido.

Dejé de hacer gárgaras y escupí el elixir además de una palabrota, antes de pasar al *living*. El gran ventanal abierto enmarcaba un aterciopelado negror con panorama visión de mar, pinedas y estrellas.

Respingué en sacudida nerviosa.

Aquella silueta erguida, inmóvil, de ambigua sonrisa, recortándose en la negrura silenciosa, me produjo una descarga de pánico infantil.

Lo atribuí a cansancio nervioso.

La aparición tenía de fantasmal la blanca capa, el afilado semblante perverso y el par de ojazos claros, de un gris plata, casi transparente.

Pasada la descarga de adrenalina instintiva, identifiqué al fantasma. Una muchacha aficionada a silencios, sonrisas de Gioconda y poses estáticas. Trude Weber, secretaria de la dirección. Una alemana alta y esbelta como un junquillo.

A mí las flacas me caen gordo. Y más, si como Trude son cultísimas, pedantes, de intelecto superior, sabiéndoselo. No lo dice ella, porque es correcta, pero seguro que me considera casi un retrasado mental.

Para ella un curso viene a ser un bandido subdesarrollado al cual conviene mantener a distancia.

—Buenas noches, Berto. ¿Por qué pegaste un brinco al verme?

—Fue de pura alegría. Palabra. Eres como Nápoles. Verte y después morir.

—Varias señoras se han quejado ya de que tu humorismo resulta muy

poco gracioso, Berto.

Trude habla un francés casi perfecto, salvo una leve guturalidad. Me viene bien, porque así no he de esforzarme, martirizándome el gáznate. El alemán es lengua complicada, pese a que residí dos años por las riberas del río Rin.

Intenté sacar de su helada calma a la huesuda y angulosa Trude.

—O sea, que has venido a comprobar si mi humorismo mejora de noche y en íntima soledad de dos en apasionada compañía.

—A ratos no sé si eres un ingenuo descarado o un cínico idiota, Berto.

—Acertaste. Es la misma pregunta que me hago yo desde que tengo uso de razón. Y todavía no di con la respuesta. Alarga una pierna, cabalga la repisa, entra y a lo mejor lo pasamos estupendo, jugando al fauno y a la ninfa pacata.

—No logro comprender cómo en una urbanización tan distinguida, te eligieron a ti para relaciones públicas.

—Es que con las personas que me son simpáticas, yo soy un prodigio de finura, buen lenguaje y consideraciones. Servicial, pero no rastrero, éste es mi lema. ¿Algo más, muchacha? Tengo sueño, mecachis.

—He venido a avisarte, porque han vuelto a quejarse de la inquilina del cincuenta y tres.

No fui a abrir la puerta, porque tampoco iba ella a entrar, ni me interesaba. Trude está segura de que apenas atisbo una mujer en la noche, escarbo y embisto. Confunde a los corsos con sementales.

—Estás en pijama, Berto.

—Claro. No duermo con el traje puesto y corbata.

—Tendrás que vestirte.

—Te notifico que en mi reloj leo las once y... cuarenta. Hora de roncar.

—Lo lamento, pero has de ir al cincuenta y tres, y averiguar con discreción lo que sucede.

—¿Qué sucede?

—Aparte las relaciones públicas, tú eres el hombre que se supone investiga cualquier anomalía.

—A estas horas estoy soñoliento, abombado y más obtuso que nunca.

—Los ocupantes del cincuenta y cinco han telefoneado. Al parecer, la cincuenta y tres pasa la raya tolerable de las excentricidades.

El 53 es un chalet precioso en la cumbre de la montaña de Cala Blava. Su dueña y única habitante luce un nombre que es un poema: Serena.

El apellido rompe el encanto: Katz.

—Oye, Trude de mis pecados, no seas tan pueblerina. Aquí, el buen tono consiste precisamente en no asombrarse ante ninguna excentricidad.

—Los del cincuenta y cinco se quejan de que no pueden dormir.

—Yo tampoco, y no me quejo. Pudiste mandar a cualquier camarero

del club a llamar a la puerta del cincuenta y tres, y rogar cortésmente que la Katz hiciese menos ruido.

—Fui yo misma. Nadie contesta. Pero según los del cincuenta y cinco, a intervalos brotan del interior del cincuenta y tres, rugidos de fiera, maullidos lastimeros, risas demenciales y músicas africanas.

—Algún disco de un conjunto juvenil. *Black is Black*, por ejemplo.

Tendía ella una llave. La maestra-ganzúa. Recogiéndola, suspiré:

—No me queda más remedio. Si persisto en mi resistencia pasiva vas a pasarte la noche ahí parada o lo que es peor, eres capaz de entrar, vaya pesadilla entonces...

La creía rígida. Es elástica. La palma de su diestra era seca. Mi mejilla encajó el merecido tortazo. Y susurró ella venenosa:

—Te odio, corso orgulloso.

—Nada de discriminaciones raciales, caramba. Esta urbanización es una comunidad europea de cordial confraternidad, ¿o no?

Se iba. Alta y fantasmal. Más que arisca, creo que odia a la raza masculina. Algún desengaño amoroso, la pobre.

Me enfundé pantalón y chaqueta encima del pijama azul, cambiando zapatillas por mocasines.

Poco después mi sufrido «Break Citroën» remontaba las curvas hacia las alturas de Cala Blava, sumida en el sueño.

En mayo hay pocos residentes, sobre todo si no es fin de semana. La noche era maravillosa. Muy negra, con dosel de brillantes guiños. Los chalets y *bungalows* se perfilaban como pastelillos de nata coronados por barquillos de fresa.

Me puse a pensar en la sonrosada muñeca de lujo, en la estupenda Serena Katz. Corrían rumores y chismes. Una mujer siempre sola que aparecía de pronto, se aislaba por días o semanas, y desaparecía sin avisar.

Había comprado el chalet 53 las últimas Navidades. Yo todavía no había sido contratado. Al parecer, Serena celebraba ritos extraños. Fiestas solitarias y medio paganas.

Según Lola, una camarera andaluza, rotunda y despampanante, la alemana del 53 era una bruja. Bruja o no, Serena estaba imponente.

Dos veces me habló. La primera, un ventoso día de marzo, entró en mi despacho de recepción, donde yo me aburría resolviendo un problema de ajedrez. Me levanté ceremonioso, atizando la leve cabezada cortés.

Serena era un portento de mujer. Cara de pepona, pero con ojazos de tigresa. Sesgados, crueles, fulgentes. Y una boca de carnívora caníbal.

Su índice de larga uña roja tocó el tablero. Luego acarició el encasillado del periódico, donde afirmaban que el mate era cuestión de tres jugadas. Yo llevaba tres cuartos de hora sin acertar.

Serena poseía una voz pastosa, cantante:

—Intente mover el alfil negro a columna de torre.

—Me zampo el caballo negro —anuncié triunfalmente.

—Hágalo.

Lo hice. Movi6 ella un pe6n miserable, y dijo:

—Acorralado, se6or Duroc. Mueva cualquier pieza, y no podr6 impedir el mate al segundo movimiento del caballo.

As6 era. Mate en segundos, donde yo cavil6 casi una hora. Soy deportista. Disimul6 la rabieta. Adem6s, Serena hablaba un alem6n dulce, cari6oso, con acento latino.

M6s tarde, consultando su ficha, supe que era hija de pap6 berlin6s y mam6 rumana, nacida en Transilvania, el legendario pa6s de los vampiros.

Ten6amos ya dos puntos en com6n. Nos gustaba el ajedrez, y 6ramos biling6es por cuna. S6lo que mi madre era cubana y mi padre corso.

Serena ven6a a recoger su correo. Se llev6 dos cartas y una postal de la casilla 53. A punto de salir, volvi6 el rostro para manifestarme:

—Cualquier noche pasar6 a buscarle y jugaremos.

Asent6 entusiasmado. A m6, el ajedrez me pirra.

La segunda vez que la contempl6, estaba yo en la playa, boca abajo. Finalizaba abril y la ma6ana estaba de rechupete. Not6 un murmullo en la arena.

Hasta entonces solo, y dada la hora temprana, pens6 se tratar6a de otro empleado de la urbanizaci6n. Pens6 en Lola, la camarera. Rolliza como me las recet6 el m6dico. Bien marcadas las l6neas pomposas.

La mujer opulenta y exuberante inspira alegr6a de vivir. Suelen ser de mentalidad poco complicada.

Me volvi6 sobre los codos, porque ansiaba ver en ba6ador a Lola...

Me pegu6 un bocado en el labio inferior.

Roz6ndome con las yemas de sus pies ten6a ante los m6os a una apabullante f6mina luciendo un minibikini de piel de leopardo. Fraul6in Serena estaba felina y succulenta.

—No me llam6 para jugar una partida, se6or Duroc.

—El reglamento proh6be que ning6n empleado salvo ser llamado, importune a ninguna dama.

O6 por vez primera la risa de Serena. Escalofriante. Le ascend6a desde muy hondo. Brotaba como un gemido de fiera en celo. Iba desgran6ndose en cascada cantarina, pero en su inicio recordaba una leona disponi6ndose a zamparse un misionero.

Claro que en bikini no inspiraba deseos de echar a correr en direcci6n opuesta, sino todo lo contrario.

Riente, se inclin6. Su busto desafi6 la ley de gravedad. Me entr6 fiebre.

—Veo que le gusta la soledad, se6or Duroc. A m6 tambi6n.

—Ll6meme Berto, por favor.

Por correcci6n y para evitar que siguiese inclinada o me echaban a m6

por escándalo público y playero, me puse en pie. Peor. Casi me rozaba.

—Me han informado que usted se ocupa también de hacer investigaciones sobre los residentes, Berto. Entonces habrá oído comentarios poco favorables sobre mí. Le habrán dicho que soy escandalosa.

—Usted es escandalosamente bonita. Eso es todo, Fraulëin Katz.

—Ahórrese ceremonias. Me agrada mi nombre. Dígamelo.

—Gracias, Serena. ¿Ha venido a bañarse?

—¿Cómo lo averiguó?

Otra fémina que me tomaba por estúpido. Lo soy cuando se me plantifica delante un ejemplar de Eva con medidas torácicas y posteriores de verdadero campeonato.

Mis ojos de simio debían traducir una temperatura alta, porque volvió ella a emitir su risa de fiera enjaulada.

Y dando media vuelta, corrió hacia el mar. Al salpicarse los tobillos me dedicó un ademán invitante. Eché a correr tras ella como un galgo hambriento.

Si la atrapo, me araña o vaya uno a saber. Pero se sumergió. Me zambullí y jugamos un buen rato. Yo, persiguiéndola inútilmente. La muy pirómana, nadaba como una hija de la gran Tritona.

Bufando, abandoné. No quise morir ahogado a mis primaverales treinta años. Tendido boca arriba, fui recuperando el resuello normal.

Cuando la busqué con la vista apaciguada, ya estaba lejos, acercándose a su monumental «Mercedes». Adherido al cuerpo un corto albornoz que semejava el pelaje de una leoparda, reina de toda la fauna.

—Y ahora, parado mi cacharro, contemplé primero el chalet 55, alejado sus buenos cien metros del 53. Todas las luces apagadas. Los quejosos denunciante podían ya dormir.

El chalet 53 era de estilo rústico catalán. Planta baja con arcadas de piedra natural. Planta alta con galería, hierros forjados, aleros de teja. Y también carencia total de luces.

El chalet estaba envuelto más que por un jardín por una selva de arbustos. Bordeada por rocalla florida. El silencio era absoluto. Un silencio extraño, porque hasta la brisa parecía haberse inmovilizado.

Había algo que me intrigaba. No sabía qué. Apeándome, subí la pequeña escalera rústica, y pisé las baldosas que en zigzag entre césped y matas conducían a la galería baja.

Instintivamente, tuve la certeza de que me espiaban desde las tinieblas. El hombre que nunca sintió miedo debía estar muerto o es un fanfarrón.

Al oír un tenue silbidito, se me puso la carne de gallina. Ladeé la cabeza. Tras un cristal de ventana había una cabeza. Suelta. Con dos rendijas verdes por ojos.

Cuando me ataca el insidioso terror inexplicable, ante algo que no me puedo explicar, siempre recorro al mismo procedimiento para intentar calmarme.

Dialogo conmigo mismo. Es infalible. O me aquieto o echo a galopar.

—No es una cabeza humana, Berto. Debe ser un busto raro.

—Quieto, capullo. No hay que correr todavía. Tranquilo, chico. Fíjate bien. Cráneo achatado, cejas hacia arriba, grandes cuencas, piquito...

—¡Una lechuza, mecachis!

—Disecada, además. ¿Te das cuenta? Anda, camina adelante, hombre.

Fui hacia la puerta. Ninguna ley prohibía tener lechuzas disecadas. Con bombillas verdes en las cuencas visuales. Repiqué de nudillos suavemente y en sucesivo progreso de tambor.

Seguía el silencio, total, envolvente. Empleé la ganzúa. La puerta al ir abriéndose empujada por mi diestra, se comportó como en las películas malas. Chirrió en quejido de carraca.

Tanteando encontré el interruptor. Lo pulsé inútilmente. No había luz. Hice uso del bolígrafo-linterna, enviando un círculo luminoso a recorrer el *living* en semiarco explorador.

De perfil, la lechuza disecada era un adorno inofensivo. Llamé:

—¿Hay alguien en la casa?

Una pregunta estúpida, pero obligatoria. En cierta ocasión semejante, no hice la pregunta, y luego una anciana me acusó de penetrar en su alcoba con intenciones malévolas.

Me dirigí a las escaleras de amplios peldaños de madera noble. Pisé el primer peldaño. Brinqué con ímpetu, sacudidos los nervios por el agudo maullido lastimero.

—¡Un gato, córcholis!

El círculo de luz rastreó, algo tembloroso, en inútil búsqueda del gato. Posiblemente, con el rabo pisado, el animal decidió camuflarse.

Algo sudoroso, me apoyé en el pasamanos de la escalera.

Mi brinco batió ahora el récord de salto en altura sin más propulsión que los tacones y el pánico.

—¡Calma, chico! Estás histérico, cáscaras. No ha sido más que un calambre. Hay avería eléctrica. Algún cable hace contacto con el pasamanos. Eso es todo.

Explicada así, la descarga que acababa de recibir en la palma, era lógica. Pero injustamente empecé a cogerle ojeriza a la invisible dueña del chalet.

Dirigí el pequeño foco hacia el rellano. Estaba ya harto de repentinas sorpresas desagradables. Fui subiendo. Un silbido estridente y un aleteo ruidoso, me obligaron casi a arrodillarme.

El inmenso pajarraco que había surgido de pronto, pasó en vuelo rasante y desapareció. Tras el silbo y revuelo, el silencio que siguió me

estaba ya arañando el sistema nervioso.

—¿Y ahora qué? ¿Tiene explicación sensata todo este follón? —me pregunté furioso—. Pase lo de la lechuza que bufa y echa llamas verdes por los ojos, estando disecada. Conformes con que no haya luz y me pegue un calambrazo al tocar la rampa. Pero, ¿y este monstruo?

Oí una risita. Era la mía, intentando tranquilizarme.

—No seas exagerado, Berto. No desorbites las cosas. Era simplemente un murciélago algo grande.

—Ya. Y debo dar por muy normal que tal clase de bicharraco se pasee por la casa.

Llegué al rellano. Cuatro puertas. Solamente una abierta. De ella salía un halo de color amarillento. Un color que nunca me ha gustado. Llamé:

—¿Puedo pasar, Fraulëin Katz?

Aguardé una respuesta que no llegó. Seguí adelante y al detenerme ante el dintel abierto, me apoyé en la jamba.

Eran demasiadas impresiones consecutivas. Tenía que reponerme un poco. El espectáculo era macabro y si embargo estético, casi artístico.

Cuatro cirios enormes, amarillos, hincados en lujosos candelabros de plata. Situados en las cuatro esquinas del plano inclinado, de negro terciopelo, sobre el cual se hallaba reclinada en ángulo agudo, una hermosa caja blanca, forrada de raso negro, con almohada también de brillante luto.

Un camión calipso, color carne, daba mucha vitalidad a la ocupante del ataúd. Los verdes ojos, abiertos, dilatados, tenían fulgor vidrioso. En los sensuales labios, estaba fija una sonrisa maligna.

Erizado el vello se me desbocó la imaginación. Edad Media, hogueras, ritos misteriosos, lindas brujas demoníacas, perversas muchachas locas poseídas por malos espíritus...

Porque, petrificado, no podía hacer nada contra aquel sortilegio que emanaba de Serena en su ataúd. Ni contra la lúgubre música que iba filtrándose, emitida por un órgano lejano, que iba aproximándose, con compases de creciente intensidad...

Y de repente, todo fueron tinieblas.

Lo último que percibí, ensordecido por el resonante himno del órgano, fueron las verdes llamaradas de los ojos vidriosos, y la fijeza de la sonrisa maligna que ostentaba Serena en su ataúd.

CAPÍTULO II

Aquel maullido lloroso no era de gato. Chirriaba como la risa de una hiena. Acompañaba la fúnebre música del gigantesco órgano, cuyas teclas eran pulsadas por una lechuza saltarina.

Sentado en una esquina del órgano, un murciélago de unos dos metros, se arrojaba en sus propias alas, y de vez en cuando silbaba como una locomotora, dando cabezadas, aprobando aquel concierto digno de un manicomio infernal.

Una serie de temblores agitaba el ataúd que subía y bajaba, sin que Serena perdiera nada de su majestuosa inmovilidad. Pero el ataúd acudía hacia mí.

Avancé las manos y abrí los ojos.

Al pie de mi sofá-cama del *living*, Trude Weber dijo severamente:

—He tenido que sacudirte varias veces, Berto. Dormías pesadamente, gruñendo, revolviéndote. Seguro que era una pesadilla.

La pesadilla quedaba explicada. Y también los temblores. Lo que no resultaba nada claro era aquel despertar. Pleno sol encuadrando el gran ventanal del pequeño *bungalow*. Y un aroma de alcohol perfumado.

Al sentarme en el sofá, tuve que agarrarme el pescuezo. Cefalea, migraña, o lo que fuese, me dolía horrores el cogote. Rechiné de dientes.

La voz de la secretaria de dirección era la de un juez asqueado:

—Ignoraba que entre tus vicios, tuvieras uno tan secreto.

De soslayo miré hacia donde señalaba Trude Weber.

Sobre la banqueta al lado de la cabecera, un frasco casi vacío de coñac y una copa medio llena. El coñac era de la marca que tomo como digestivo, con café. «103» etiqueta blanca.

Pero aquel frasco no era mío. Alguien tuvo que traerlo. Como a mí.

—¿Dos aspirinas y sal de frutas? —me propuso Trude.

Era innegable que aquella muchacha poseía una eficiencia formidable. Me tendía el gran vaso donde chisporroteaban en mezclada efervescencia las pastillas y los polvillos, recetados para las resacas.

Bebí con entusiasmo. Dentro del cráneo me bullía un rompecabezas. De momento me convenía aclarar el misterio por el final.

Entre las funciones de la secretaria de la urbanización no constaba la de venir a despertar al encargado de relaciones públicas.

—Son las diez de la mañana, Berto. No, nadie te reclama, pero decidí

venir porque han vuelto a quejarse los del cincuenta y cinco.

Me dirigí hacia el cuarto de baño. Nada me aclara mejor las ideas que una fricción de colonia añeja. En el espejo, fricciónandome, comprobé que, además de haber dormido vestido, en mi anatomía había algo nuevo.

Una hinchazón tras la oreja derecha.

El chorro de agua por la cara y cogote, acabaron de despertarme. Secándome oí la voz de Trude.

—He de regresar a la oficina, Berto. ¿Sabes qué dicen los del cincuenta y cinco esta mañana? Te vieron llegar al jardín del cincuenta y tres. Parece que hablabas solo.

Sustituí la camiseta del pijama por una camisa blanca y la correspondiente corbata.

—Hablabas solo porque me gusta charlar con personas inteligentes. ¿Qué más, secretaria?

—Luego, dentro de la casa, parece que te pusiste a chillar, a silbar y a tocar el órgano.

—Sí. Y la ocarina. Soy el hombre-orquesta.

—¿Por qué bebes en secreto, Berto?

—Para olvidarte.

Me encogí al oír el taponazo de la puerta, anunciando que Trude había salido indignada. El ruido seguía repercutiendo en mi nuca.

Y el traqueteo de mi coche también tocaba el tambor en mi cogote, pero cuanto antes necesitaba poner en claro varios puntos muy oscuros.

Mentalmente fui componiendo una especie de cuestionario. Mi consejero íntimo intervino:

—Si quieres veranear en Cala Blava, has de controlarte. No ignoras que la cólera es el soplo que apaga la débil llamita de la inteligencia humana.

No estaba yo para refranes orientales. Remontando hacia la cumbre, me concentré en los quejicas denunciadores. Los propietarios del chalet 55.

Existía un fichero bastante completo de identidades y profesiones, abarcando a todos los clientes, inquilinos o propietarios, de la urbanización Cala Blava.

Al ser yo contratado para un período de seis meses para familiarizarme con la futura sociedad en la que tendría que bregar, extraje del fichero lo esencial.

Recopilándolo en una agenda de bolsillo. Cada página dividida en dos sectores, correspondía en numeración a los chalets, situación en el plano y terreno, descripción concisa de sus propietarios o inquilinos.

Detuve en uno de los tantos *parkings* solitarios, para refrescarme la memoria. En la parte superior de la hojilla 55, fui leyendo en voz alta, para empollarlo bien.

«Lionel Vernal, cuarenta y dos años, siquiatra parisiense, consultorio

avenida Opera, autor obras, temas desequilibrios nerviosos basados en casos vividos por su clientela. Paula Vernal, treinta años, hija general De Nevers, licenciada en Filosofía».

Guardé en un bolsillo la agenda, prosiguiendo el ascenso. Al llegar los Vernal, supe que cada año el doctor se tomaba un mes entero de reposo en Cala Blava, y en primavera.

Deduje que se debería a que en primavera, sus clientas, ricachas aburridas y neuróticas, asaltarían el consultorio más cabras que nunca y repletas de complejos por todos los poros.

La esposa del doctor, madame Paula, era una morena, aristocrática, de porte majestuoso, mirada lejana, altiva y como sumida siempre en hondas reflexiones poco gratas.

Abandoné mi coche en el parking particular de los Vernal. Mi primera visita matinal era forzosamente el preludio a mi segunda visita.

La residencia de los Vernal, de dos plantas, poseía un interior suntuoso donde todo respiraba legítima distinción y exquisitez nativa. El jardín precioso, era para mi gusto, demasiado merengue y artificial.

Bajo las arcadas de la galería a nivel del jardín, medio tendido en una tumbona «Relax», el doctor Vernal, al verme, se levantó en ágil distensión.

Su estilo fue de acogida señorial, cortés, con gotas de condescendencia.

—Buenos días, señor Duroc. ¿Puedo ofrecerle algo? ¿Whisky, coñac, café?

—No me apetece, gracias. ¿Puedo preguntarle algo?

—Cuanto quiera —y medio tumbándose de nuevo, me señaló un sillón.

Vestía bien. Camisa, pantalón y mocasines, prendas a medida. Un cárdigan de modelo exclusivo.

El rostro, enjuto, de penetrantes ojos azules, ostentaba una sonrisa amable, protectora. Sentándome en el mullido trasto funcional, ataqué:

—Anoche, ya tarde, telefoneé a secretaría, quejándose de una tanda de extraños ruidos que le impedían dormir.

—No es la primera vez. No me quejé antes, por creer que se trataba de una sola noche, excepcionalmente. Lo atribuí a un exceso de alcohol, o a una *party*.

Ladeando la cabeza, señalé hacia el chalet de Serena:

—Corrijame si voy errado, doctor. La distancia en línea recta hasta su vecina, sumará un centenar de metros.

—Pero de noche, el silencio amplifica cualquier rumor.

—Es muy posible. —Y jubiloso añadí—: Pero el silencio nunca amplificó el eco muy débil de una boca hablando.

—No le entiendo, Duroc —y los ojos azules adquirieron de pronto un destello cristalino, duro.

—Telefoné esta mañana a un secretaría, informando que yo, anoche, hablaba a solas en el jardín del cincuenta y tres. Perdóneme, pero a menos que sea usted un lince reencarnado en loquero distinguido, soy yo el que no entiendo cómo pudo verme hablando a solas, a cien metros de distancia.

Torció Vernal los labios en mueca que podía ser la misericordiosa sonrisa del maestro ante el gamberro cretino.

—Acaricio la esperanza de que su cultura científica le permita conocer la existencia de unos artefactos de precisión llamados prismáticos.

—Tengo entendido que en tiempos de guerra servían para espiar al enemigo.

—En mi caso los empleaba para intentar descifrar el origen de los absurdos rumores que se oían. Su coche es algo ruidoso, Duroc. Enfoqué los prismáticos. En el jardín se detuvo usted súbitamente. Envarado, giró usted la cabeza y se puso a hablar solo.

—No llevó bombillas en la dentadura —doctor.

—¿Se refiere usted a la oscuridad nocturna? Eso ya está previsto por la casa Zeiss-Ikon. Fabrican gemelos con lentes especiales que poseen un encuadre luminoso y permiten siluetear muy claramente el objetivo aunque sea un nativo del Congo paseando por un túnel.

—Magnífico. ¿Y qué clase de nuevo artefacto desconocido para mí escasa cultura científica, le permitió oírme chillar y silbar, y verme tocar el piano, si todo lo realicé, según usted, ahí dentro del otro chalet?

Lionel Vernal estuvo en pie, delante mío, en menos de medio segundo. Me cogió desprevenido y repantigado.

Dominaba la situación. Si yo intentaba levantarme, me dejaría sentado al primer toque de sus crispados puños.

Por suerte, Vernal tenía una profesión ideal para mí en aquellos instantes. Calmar a los excitados. Se calmó.

Controlándose perfectamente, me leyó la cartilla:

—Me obliga usted a ser convencional, Duroc. Los corsos tienen fama de insolentes y provocadores. Usted la acredita. Desde que entré percibí que acudía con el único propósito de molestarme. Le recordaré que su condición de empleado, le obliga a ser más comedido en las insinuaciones.

—De acuerdo, doctor. Por cierto, ¿a usted quién le atiende cuando se le desequilibra el parasimpático? Sus nervios parecen estar a flor de piel.

—Llegado el caso vendré a consultarle, Duroc.

—No soy experto en loquerías, Vernal.

Volviendo a tumbarse, sonrió el siquiatra.

—Yo sí. Padece usted una neuritis napoleónica.

—¡Ostras! El camelo es interesante. ¿Cuánto me cobra para definirlo?

—Gratis. Su orgullo es antisocial y disfruta exasperando.

—Considéreme entonces un caso clínico incurable, doctor. Y voy a

dejarme ya de cortesces insinuaciones. No encuentro nada, pero nada clara, su actitud. Anoche, cuando llegué, esta casa se hallaba totalmente a oscuras. Pero esta mañana me acusó usted injustamente de formar alboroto. Primero, no sé tocar ningún instrumento musical, salvo el tambor. Si hubo concierto de piano, otro fue el pianista.

—Admito esta recriminación.

—No debes ser tan caballeroso, Lionel.

La señora Vernal, Paula de Nevers cuando soltera, acababa de abandonar el grandioso *living* y se aproximaba.

Un vestido liso, agrisado, acentuaba la distinción de su esbeltez. Sus delicadas facciones rebosaban desdén.

Los pardos ojos contemplaban al plebeyo Duroc como si fuera un pedacito de estiércol manchando una alfombra Luis XIV.

En pie efectuó la cabezada cortés. Prosiguió ella, altanera:

—Fui yo, personalmente, la que por mi iniciativa, telefoneé a la secretaria. Usted percibe honorarios para solucionar problemas. No para agravarlos. Sepa que ahora me quejaré al director en persona.

Por lo menos, ella no era solapada ni inquietante. Iba recto al bulto. Lo sorprendente fue la intervención marital.

—No exageremos, Paula. Al señor Duroc le ocurrieron incidentes desagradables e inesperados. Vino a solicitar aclaraciones. Es posible que su estilo sea algo incisivo. Pero tratemos de ser justos, Paula.

Irguió ella la cabeza un poco más. Ahora la nueva víctima de su altivo desdén fue su propio esposo.

—Tu tolerancia roza la mansedumbre, Lionel.

Brotó una risa jovial, espontánea, y riente anunció Vernal:

—Vuelves a exagerar, querida. Te consta y muy repetidamente, lo cual te honra, que de manso no tengo ya nada en absoluto, sino todo lo contrario.

Un repentino sonrojo inundó las pálidas mejillas femeninas. Dando media vuelta, Paula de Nevers, esposa de Vernal, desapareció *living* adentro.

El doctor me guiñó un ojo. Era súbitamente un hombre simpático, cordial. Manifestó:

—Excúsela. No le tiene mucho cariño a la humanidad en general. Le agrada jugar a sicóloga y desde el mismo día en que le vio, lo ha catalogado en un grupo dionisiaco.

—¿Es grave esto?

—Incluye a los elementos perturbadores de la digestión de los privilegiados. Desde los filósofos anarquistas a los *ye-yés* que protestan, pasando por los matones calmosos que se infiltran en la hipócrita esfera de la alta sociedad. Como usted por ejemplo.

—Gracias. Pero, por su propia iniciativa, ¿en qué grupo me

encasquetada usted, doctor?

Suspiró Vernal cómicamente:

—En el mismo que fue el mío, hace una docena de años. Cuando como usted ahora, era yo soltero, libre de las cadenas sociales y del afán de amontonar dinero.

—Su esposa es bonita y rica, doctor.

—Dejémosla totalmente aparte de nuestros eructos varoniles, Duroc.

—Perdón. A veces patino groseramente. Créame que no quise ofender en lo más mínimo la natural distinción de su esposa.

—Se lo agradezco, porque ella pertenece a un mundo muy distinto al nuestro, chabacano y materialista. Bien amigo mío, usted pertenece a la generación que anhela sinceridad y no admite más privilegios que los ganados a pulso, no por herencia ni intrigas. Bajo su coraza aparentemente cínica, oculta usted un romanticismo que molesta.

—Oiga, oiga... A lo mejor usted es de veras un talento en siquiatría.

—Eso dicen mis amistades. Siga en su interrogatorio.

—¿Conoce bien a su vecina del cincuenta y tres?

—Superficialmente. Me temo, y lo siento por ella, que pertenece al muy nutrido género locoide, estridente, nihilista y desquiciado. Mucho dinero a destiempo y sin esfuerzo. Si pudiéramos a Serena Katz ante la disyuntiva de tener que ganarse el condumio en trabajos serios, tal vez obtendríamos un ejemplar normal de buena esposa.

—Su optimismo es delirante, doctor. Yo opino que Serena es una gamberra.

—La juventud gamberra no existe hoy. Los muy gamberros fuimos nosotros los de la generación anterior. Hoy la juventud es sensata.

—Caray... ¿Hippies, LSD, flequillos y camisitas rosas?

—Es un modo de protestar, de ridiculizar a sus mayores. Es una juventud abandonada a sí misma, decepcionada por el abandono de la disciplina familiar, desilusionada por la falta de humanidad de sus gobernantes.

—Disiento a fondo. En mi tierra no hay juventud que protesta, porque tienen un papá que arrea candela, cuando no le hacen caso. Un papá que no es despótico, sino comprensivo, amigo, pero sin perder la autoridad. En fin, volvamos a su opinión sobre Serena.

—Es extravagante por un afán de asombrar, y sobre todo, porque la abruma el infinito tedio de una vida sin horizontes nobles. Ruéguele de mi parte que sus recitales de música y efectos sonoros de selva, los realice antes de las once de la noche. Por propia prescripción facultativa, debo dormir de once a siete, y mi esposa también.

En pie, me dispuse a despedirme. Imitándome, tendió Vernal la diestra. Un apretón vigoroso, sin artificio.

—Olvidemos nuestro primer contacto social, algo espinoso, Berto.

—Gracias, *doc*. Presente mis sinceros respetos a la señora Vernal. Tiene derecho a quejarse de mi comportamiento. He sido un poco como el elefante que irrumpe en un salón con porcelanas auténticas.

Paula Vernal era mujer. Había estado escuchando sin que nos diésemos cuenta. Salió. Una tenue sonrisa la humanizaba.

—Muy halagador su comentario, señor Duroc. Lo lamentable es que me he quejado ya telefónicamente de su primera descortesía.

—Hizo usted muy bien, señora. Un representante de relaciones públicas como yo, derrumbaría el crédito cortés de la propia Costa Azul. Beso su mano, señora. Lo hago muy pocas veces, créame.

Caminando hacia el chalet de Serena, traté de evaluar la inteligencia del doctor Vernal. Un especialista en el laberinto humano. Un detector de los fallos ocultos tras la máscara.

Había un punto a su favor. No calumniaba a su vecina.

En el jardín del 53, miré hacia la cristalera. Ahí estaba la maldita lechuga. Apagada y silenciosa. Bajo el soportal dirigí el dedo hacia el timbre.

La puerta se abrió sola.

Enmarcando a Serena en short, crema, blusa negra y pies desnudos. Estaba hecha un bombón succulento. Y su recibimiento era cordial.

—Adelante, gran hombre. Te esperaba. Voy a traerte un café-café.

Iba hacia su cocina superlujo. De espaldas era también fascinante.

Me instalé en el diván, de lado, para apreciar mejor las muestras decorativas que adornaban las paredes.

Cuadros más que abstractos, violentos. De chafarrinones multicolores. Máscaras horrosas de tabúes negroides.

Si durmiese ahí dentro, saldría yo a pesadilla por noche.

Regresando, Serena depositó la bandeja en la mesita baja. Tranquilamente, como si tal cosa, como si yo fuera un amigo de la infancia, comentó:

—Hace un día formidable, ¿eh, guapote?

Sentóse a mi lado pero esquinada, en lateral, como yo. Como dos púgiles antes de sonar el gongo. Sorbió su café. Parecía una gata glotona.

—A propósito, muchacha, ¿dónde encerraste, el morrongo?

—¿A quién, monín?

—A «Micifuz», a «Jerry», al gato, vaya.

—No tengo gato ni encerrado ni suelto, besuguete.

—¿Y el murciélago de marras?

—¡Uy, uy, uy!... ¿Te desayunas con vodka y dinamita, so terrorista?

—Soy impermeable a tus piropos. A mí me hacen falta cinco como tú, para desconcertarme o irritarme.

—Seguro que sí, machote. Sigue cazando gatitos y murciélagos, y

terminarás dando clases a los chiflados reclusos, Bertito bonito.

—Sabes perfectamente que de los dos, el menos insensato soy yo. ¿Dónde escondes al pajarraco que vuela como una avioneta de caza?

—Si divagas o deliras, ahí tengo el botiquín. Más allá, la ducha.

—Y más aquí, aquella lechuza. Anoche, la muy condenada, bufaba echando sulfuro por los ojos.

—¡Uy, uy, uy!... Pero si la pobre está disecada.

—Eso es lo peor. ¿En qué colchón duermes?

—Caballero, la pregunta es deshonesta. Procure ser menos agresivo.

—No estoy para guasitas, chica. ¿Duermes colgada del techo?

—Todavía no, pero si sigo oyéndote, vete a saber... Compré un hermoso colchón de muelles. No rebota.

—¿De qué color? ¿Malva, lila o caquita de pato?

—Color hígado de corso chulete.

—Arriba hay tres dormitorios. Anoche, tú dormías en el último, entre cuatro candelabros con cirios amarillos.

—Eres un aldeano simpaticote, y me estás empezando a gustar más de la cuenta, Bertolino.

—¡Humberto, si te da igual! El lino lo acumulas en tu seso, so chota.

—Noto en ti síntomas alarmantes de insensatez original. ¿O sea, que anoche viniste a sorprenderme en la camita, eh, tontorrón? Es muy feo a tu edad, espiar a doncellas durmientes, como un viejo verde aquejado de parálisis. ¿Por qué no me despertaste? Te hubiese echado a patadas.

Preferí primero soplarle el café. Me vino bien. Casi frío. Y más calmado, expuse:

—Te denunciaron por follonista, doncella. Entré hacia la medianoche. Tu puerta, anoche, chirriaba. En la cristalera, tu lechuza se iluminó bufando. Tu escalera me descargó voltaje a la vez que un gato invisible maullaba ferozmente.

Serena emitió su rugido de tigresa. Reía divertidísima. Me escuchaba con atención infantil, dilatados los ojazos.

Tuve la creciente impresión de ser un fugitivo de manicomio, contando alucinaciones tremebundas.

—A media escalera me saltó encima un murciélago enorme que desapareció no sé dónde. En el último dormitorio, allá arriba tú dormías entre cirios en posición semivertical, en un féretro blanco forrado de negro. Tu calipso era color café.

—¡Qué horror y qué mal gusto! Nunca he usado camiones ni largos ni cortos. Prefiero los colores rojo y azul en mis pijamas.

—Pues anoche tu pijama era de madera. Y mientras te miraba ahí tan quietita, un órgano empezó a tocar la marcha de los esqueletos bailones. Tú, más quieta que una muerta sorda. Ni respirabas, casi. Y el órgano del diablo venga a resonar en do mayor, hasta que me cayó racima.

Ahora, la risa de Serena no era de fiera encadenada, sino de niña en el colmo de la satisfacción. Se desternillaba. Alcé el tono:

—Perdí el sentido. Alguien me transportó al *bungalow* donde desperté a las diez, acompañado por un frasco vacío que no me bebí. Con un chichón tras la oreja que no me lo hice afeitándome.

Ella se agarraba los costados como si quisiera ahogar los espasmos hilarantes.

Me acometió la irritación acumulada desde la noche anterior.

—¡Basta ya, niñata loca! Le vas a tomar el pelo a tu abuelo, ¿sabes? Sigue burlándote, y palabra que te atizo unas nalgadas. Esto es lo que te hace mucha falta. Una buena paliza.

No me contestó.

Fue una voz varonil, autoritaria, la que me advirtió:

—La paliza se la voy a propinar yo, cobarde grosero. En pie. ¡Póngase en guardia! Voy a saltarle los dientes.

CAPÍTULO III

El que avanzaba era un desconocido. Alto, ancho, pelirrojo, con cara de aguilucho. Había hablado en un francés muy correcto, pero gutural.

Debió escuchar tras la puerta entornada, o tendría una llave. El caso es que se aproximaba con malas intenciones.

Maquinalmente me levanté, separando los pies, para no perder el equilibrio al primer castañazo. Aquel tipo estaba muy colérico. Y pesaba cerca de los noventa. Bien nutrido y musculoso, aunque rondase la cincuentena y su pelo estuviera algo teñido para camuflar las canas.

Serena palmoteo divertida. Arrellanándose mejor en su butaca de primera fila para presenciar el combate.

Salté a un lado. El primer directo del visitante perforó el aire. Si me pilla, me tumba patas arriba, apuntillado.

Pasé tras el diván, aconsejando:

—Cuidado, anciano. Debo advertirle que desde los diecisiete a los veinte, boxeé, y si me caliento, soy bastante bestia.

—¡Te llamó anciano, Eric! —clamó Serena con gran deleite.

El cincuentón vestía de capitán corsario. Botas marineras, pantalón azul, camiseta a rayas y larga cazadora blanca.

Deteniéndose en su contorno del diván, retó:

—No huyas, mequetrefe. Quiero partirte esta cara de bandido siciliano.

—Corso, corso —rectifiqué, continuando en mi retroceso—. No puedo pelear con los visitantes. Soy empleado de la urbanización, córcholis. Deje ya de indignarse en balde. Yo sostenía una simple discusión amistosa con Serena.

—¡Miente canallescamente, Eric! ¡Anoche, asaltó mi alcoba y ya quiso pegarme! —chilló ella.

—Vaya mala uva que tiene esta criatura, mecachis. Pero si yo no...

Me cortó la frase y el fuelle, el gancho al estómago que me propinó Eric, al pillarme descuidado, recriminando a Serena.

Pude zafarme del K.O. recurriendo al *clinch*. Me agarré al robusto pelirrojo, aprisionándole ambos brazos. Recobrado el fuelle, empujé.

Pero me perdió el exceso de confianza en mis dotes de ex púgil.

En vez de retroceder como era su obligación a sus años, Eric rebotó como un balón y sus puños chasquearon en mis costados, en un espléndido

uno-dos.

Dos hachazos simultáneos contra un tronco. Besé la alfombra.

En mi buche volaban mariposas y en torno a mis sienes trinaban bandadas de ruiseñores.

Lejana, oí la acariciante voz de Serena, rogando:

—No lo mates, Eric. El pobre no está bien de la cabeza. Dale solamente media docena de patadas.

Divisé en la nebulosa la bota Eric retrocediendo para dedicarme un chut. Penalty.

Agarré el tobillo que me sirvió de asidero para impulsarme. Embestí cabeza baja. El estómago era su punto flaco. Las buenas comilonas acumulan adiposidad sobre los músculos encajadores.

Eric cayó sentado. Sacudiendo la cabeza para despejar el mareo en tierra firme.

La angelical Serena vociferó:

—¡Si le haces daño a Eric, haré que te despidan, Berto!

—Ostras, el colmo... Tu Eric me atiza tres piñazos de espanto. Pensaba ahora arrearme coces, gracias a tu sensible consejo, y encima soy yo el malvado abusador. Quieto, Eric, caray, o me dejo ya de consideraciones y le hago papilla!

Pero Eric era terco. Volvió al ataque, en plan molino de viento. Esquivé su zurdazo y el corto *crochet* de derecha. Amagué una finta al rostro para hincarle un derechazo en la grasa de la caja del pan.

No contaba yo con el yudo, karate y demás enseñanzas que pueden convertir en vencedor de Cassius Clay a una ursulina.

Y Eric no tenía nada de monjita. El cantazo que me propinó en la unión de cuello y hombro, se me antojó desleal.

Lo malo es que lo complementó con un rodillazo bajo mi ombligo. Hasta aquí llegó mi soporte y resignación cristiana.

Veía estrellas, bengalas, cohetillos y el arco iris, pero a la vez me invadía un furor primitivo. Si me andaba yo con más contemplaciones, Eric iría a la cárcel, paro yo iba de cabeza al cementerio.

Empleé la cabeza nuevamente como ariete al buche. Al inclinarse él por fuerza, pude agarrarle la pelambreira rojiza, No era una peluca. Sé que el mobiliario sufrió porque oí roturas de madera endeble.

Me contenté con golpear la anatomía más blanda e invisible del robusto Eric. Estómago y flancos alternativamente, usando la diestra cerrada y la rodilla izquierda, doblada.

Cuando le solté del pelo, Eric se desplomó en perfecta imitación de un globo desinflándose.

Me abaniqué con ambas manos, agotado, próximo al vértigo, tras aquel bailoteo por todo el *living*.

Serena, en pie, señaló la puerta con gesto melodramática:

—¡Abandone inmediatamente mi casa, Duroc!

—Al cuerno contigo, so cabra loca. Eres una histérica con mala baba. Esta noche le dedicas tus juegos de magia, barata a otro imbécil.

—¡Tú eres el único imbécil que conozco, so mulo!

Lo medianamente honorable era la retirada. Si seguía ahí dentro, agarraría a la chica por la melena, lo cual, según un convencionalismo estúpido, es algo feo y canallesco. Así va el mundo.

Abandoné el 53, perseguido por el eco de una sarta de pintorescos insultos de verdulera.

Al volante, no me quedó más remedio que reír, muy fastidiado, sintiendo lástima por mí. Si yo era el *public relation's man*, el diplomático que necesitaba la urbanización, iba lista la nómina de dividendos.

Que me echaban era impecinable. Pero no me iría yo, sin antes aclarar varios puntos, muy tenebrosos y poco convincentes.

No podía ser simplemente por capricho que Serena me dedicó media hora de sustos nocturnos.

Ella no pudo golpearme por retaguardia. Hubo alguien a mi espalda. Y ese alguien me transportó al bungalow; adornándome con el frasco de coñac.

A mí me encantan los problemas de ajedrez viviente. Hasta ahora me estaban dando cada jaque que temblaba el misterio. Pero como decía mi tío Genaro, de Bastia:

«Ríe a mandíbula batiente, quien al final de la brega, logra endilgar el gran castañazo en la cresta».

Mi tío era algo silvestre, pero muy listo. Si cumple condena en presidio no es culpa suya. Eligió un cómplice que a todo le decía que sí, para no confesarle que estaba más sordo que una tapia. Lo dejó de guardia mientras desvalijaba un cofre.

Al poco tiempo, en torno al cofre, presenciaban cómo se afanaba mi tío, una media docena de *carabinieri*.

Pero eso era historia pasada.

Para evitarme más complicaciones decidí largarme de la urbanización por unas horas. Almorcé a gusto en una masía aislada en una carretera secundaria.

Pasé la tarde en un cine viendo dos películas buenas. Una de guerra y otra del Oeste. Sanas, sin morbosidades. Todo a tiro limpio.

Decidí cenar en una especie de *boîte*-tugurio. Una rubiaza opulenta, generosa en todo, me amenizó un nocturno del tipo odalisca sumisa.

Cercana la medianoche, casi como un culpable deslizándose, bajé las escaleritas hacia mi *bungalow* hundido entre pinares.

La puerta destilaba una línea inferior de luz interna. No había trampa. Alguien esperaba. Alguien, con duplicado de mi llave, o que entró por dejar yo, como siempre, la cristalera abierta.

Empujé y el batiente cedió.

Instalada en mi sofá que aún no era cama, Trude Weber, la perfecta secretaria, parecía la viva imagen de reproche.

Sus claros ojos contenían densidad, pero yo no estaba para discusiones.

—Esta es la sacrosanta alcoba de un soltero rijoso doncella. O sea, que escampa, a menos que quieras perder tu doncellez.

—Me das pena. Tu francés es propio de un apache barriobajero.

—Ya no hay apaches. Los sustituyó la civilización con sus Bancos.

—¿Por qué te esfuerzas en ser grosero conmigo, Berto?

—Porque a ti te distingo con mi naturaleza al desnudo, sin disimulos, muchacha. Voy a limpiarme las muelas. Y a desnudarme. Si al salir de mí *toilette*, te encuentro aquí, te persigo cuesta abajo. Cuesta arriba no podría. Estoy fatigado.

—Tendrá que ser cuesta abajo, Berto.

Asombrado, la miré fijamente.

Ella repitió calmamente:

—Tiene que ser cuesta abajo, porque has de ir al embarcadero.

—Ah... Porque ya has previsto todo el programa orgiástico, con chapuzón refrescante al final.

—Has de ir tú solo al embarcadero. A cambiar de sitio un cadáver.

CAPÍTULO IV

Lo anunció con la misma gravedad que en su estilo habitual anunciaba los precios de terrenos o dictaba una circular al micro grabador.

—Un momento, Trude. Por esta vez, anhelo que hablemos sin pegarnos bocados simbólicos. Estoy algo abombado...

—Es tu estado natural.

—De acuerdo, de acuerdo, pero agravado ahora por una sesión agotadora de ajedrez.

—¿Se llamaba así la gordinflona teñida de rubio que debe pesar media tonelada?

—Primero, es rubia natural. Lo certifico. Segundo, no pasaba de los ochenta, que es mi tasa favorita, si los kilos están donde corresponde. Tercero, ahora va a resultar que tienes un servicio particular de espionaje.

—Por los alrededores, todos conocen más o menos a los de fuera. Una amistad mía me comunicó que estabas muy entusiasmado, cenando con una mujerona con tipo de cocinera holandesa.

—Ya ves... Era alemana.

—En un local propio para albañiles y pescadores.

—Gremios que me son muy simpáticos... ¡Al cuerno, cáscaras! Es tarde, y quiero dormir. Hablaste de un embarcadero y si no oí mal, de un muerto que había que trasladar a otra parte.

—Oíste bien.

—Vayamos por partes. Yo no soy sepulturero ni aspiro a conocer las cárceles españolas por dentro. Un muerto se queda dónde está, hasta que lo recoja la policía o sus familiares.

—No se trata de nada delictivo.

—¿No? O sea que pasear a un muerto, sin permiso suyo, te parece normal. No comprendo cómo es posible que tú, una chica seria, honesta y equilibrada, viene tan campante a proponerme un acto ilegal.

—No hay ilegalidad. El yate ancló en Caleta Mirall. Su propietario sufría una lesión cardíaca. Ha tenido un infarto. Muerte natural.

—¿Te lo dijo el cadáver?

—Me disgusta tu falta de respeto a las mínimas conveniencias.

—Precisamente porque respeto a los muertos, los dejo en paz. Además, ¿cómo estás tú tan informada? ¿Te telefoneó el interesado?

—Tenía que llevarle un telegrama al dueño del yate. Fui, hace apenas

una hora. Lo encontré muerto.

—No iría solo en su yate.

—Sí. Lo deja siempre en Marsella. Y le gustaba sentirse marino solitario. Un yate con dos motores «Diésel», con mando auxiliar de piloto automático.

—¿Leíste el telegrama?

—Su esposa y el hijo que vienen desde Frankfurt por carretera le anunciaban que llegarán mañana por la mañana. Me transmitieron el telegrama por teléfono desde la central.

—Bueno, ¿y por qué hemos de mudar al difunto de sitio?

—Sería mala propaganda.

—¿Es que está prohibido morirse en Cala Blava? Un infarto de miocardio es tan corriente como la gripe.

—Pero supondría periodistas en enjambre. Una publicidad desagradable.

—¿Tan importante era el muerto cuando respiraba?

—Un industrial propietario de varias fábricas de maquinaria de precisión. La prensa internacional reproduciría la noticia, y no nos conviene la mención de Cala Blava, si no es para elogiarla.

—A mí, Cala Blava me tiene sin cuidado.

—Telefoné al director. Está conforme en asignarte una cantidad extra. No hay delito alguno. Basta que traslades el yate a otro sitio. No llamará la atención. Su dueño solía anclar en otras radas durante el viaje.

—¿Qué cantidad cobraré a tocateja por la faena extraordinaria?

—Señala tú mismo los honorarios.

—Las honras fúnebres querrás decir. ¿He de dejarlo en playa de otra urbanización para jeringar a la competencia?

—No.

—Bueno, entonces el funeral es transporte marino, lo calibro según la distancia que tenga yo que navegar con el muerto a la espalda.

—Unas veinte millas marinas al norte. Hay un paraje de acantilado desierto.

—Veinte millas a medianoche, estando yo fatigado, y habida cuenta que no sé cómo diablos voy a regresar a tales horas, por lo cual tendré que alojarme en una fonda...

—No. No han de poder relacionarte con el hallazgo. Yo te esperaré en el kilómetro penúltimo de la carretera que baja al ancladero de Rocaferma, un entrante al sur de Tossa.

—Conformes. A bordo supongo que habrá carta náutica de bajíos.

—No lo sé. Pero no tiene pérdida. En la cima, el acantilado de Rocaferma tiene una atalaya medio derruida. ¿Cuánto pides?

—Una burrada para que así puedas rebajar en defensa de los intereses de Cala Blava. Pongamos cincuenta mil pesetas.

—De acuerdo.

—Sopla... Si lo sé, pido cien. Claro que dije francos, ¿estamos?

—Estamos, sí, pero en España. Pesetas, Berto.

—Tratar negocios con mujeres es como jugar al póquer con ellas. Siempre sale uno con la impresión de haber sido esquilado. Voy a por prendas de abrigo.

Recogí el chaquetón Foamley, más los mitones de peccarí, de nudillos agujereados. Me abroché al cuello mi corbata favorita: seda burdeos con motas blancas.

Trude, en pie, me examinó. Cada vez se parecía más a una institutriz obligada a lidiar con el tonto del pueblo.

—Eso que llevas al cuello ofende la vista, Berto, ¿Qué es?

—El sujetador de la rubia.

No se escandalizó. La vi sonreír por vez primera. Se le iluminaba el semblante. Se embellecían sus rasgos, comentó:

—Será el que llevaba cuando tenía quince años. Y esos los cumpliría antes de la Segunda Guerra Mundial.

—Me gustan las jamonas. ¿Es acaso vergonzoso?

—Es solamente un síntoma de infantilismo. Añoranza de nodriza.

—Ojalá pudiera volver a ser un despreocupado mamoncete, mecachis.

Salimos. Subiendo las escaleras, sin volverse, manifestó Trude:

—Naturalmente, vas a pie. Te esperaré donde convinimos. Y por favor, no toques nada.

—¿Voy a maniobrar por control lejano o qué, sabihonda?

—Me refiero a los objetos personales de herr Eric Lustig.

—Por si las huellas digitales y tal... ¡Ey, ey! ¿Por casualidad el Lustig de marras es un pelirrojo medio teñido?

—Este es el matiz de sus cabellos.

—¿Con aspecto de peso pesado y cara de ave de presa?

—Bien descrito. Pero no podías conocerle. No ha venido desde el pasado febrero y tú no estabas.

—Leo la Prensa, ¿no? Ilustra mucho.

—Falta te hace. ¿Es que venía su foto en color?

—Era una revista importante. De Frankfurt, eso es.

De Frankfurt solamente conozco las salchichas enlatadas. Me alejé, ondeando la mano en amistosa despedida. Cincuenta mil pesetas por una hora de navegación era una ganga.

O sea, que el pobre Eric había muerto de infarto.

—¡Alto, alto! —vociferó en mis tímpanos el consejero íntimo. Vamos a suponer que la autopsia revela que el interfecto murió de resultas de cabezazos, trompadas y zarandeos. Supongamos que la policía averigua que te encargaste de la sucia faena de mudar de puerto el cargamento mortal.

—Supones tú demasiado, botarate. Vas a decirme también que Eric, moribundo y agónico fue a su yate para tenderse, mecido por las olas, en espera del reposo definitivo.

—Tu incultura médica me pasma. Un hombre con el corazón pachucho, no muere en el momento de recibir un vapuleo o de efectuar ejercicios violentos. El coágulo de sangre espesa sube lento y produce la embolia o infarto horas después. Pero la autopsia revela el precedente clínico de hematomas internos.

—Tú lo que quieres es que me coja el becerro. Desde que te compraste vademécums y tratados de farmacopea todos los síntomas mortales los detectas hasta en el mismo, tontaina ilustrado.

El sendero, en descenso de espiral, casi a pique, tenía algunos miradores. Se divisaba ya el yate. Una hermosura de barca, en sinfonía de plata, ámbar y blanco. Meciéndose blandamente, asido a dos postes.

Desde lo alto, quedaba invisible. Era preciso bajar hasta media ladera para poderlo ver. A mí, personalmente, los muertos no me infunden temor. Descansan y dejan en paz a los demás. Son inofensivos.

No es que revele ninguna morbosa afición que me impulse a pernoctar por cementerios y velatorios. Lo que afirmo es que el menos dañino de los seres humanos es el que está muerto.

Pasé de las tablas a la cubierta. Un yate de fácil manejo. Todos los mandos llevan su etiqueta metálica para mayor claridad.

Además, cuando presenté mi *curriculum*, mencioné que entre otras cosas fui piloto, con diploma profesional conseguido en los lagos suizos.

También tienen sus olas, corrientes, resacas y entrantes.

Dos «Diésel» y un auxiliar. Banqueta circular a popa, con toldilla. Timón auxiliar en cabina alta. Escalerilla cómoda, conduciendo a la sala donde se hallaban los mandos automáticos, la mirilla de visibilidad...

Y el muerto.

El pobre Eric parecía dormir en la banqueta lateral que, de noche, era litera. Así como los paneles altos, basculando, daban un total de dos literas más.

Confort, lujo, aislamiento y aprovechamiento máximo del espacio.

—Lo siento, Eric. Palabra que pese a mi tendencia a la guasa, ahora te hablo con el máximo de respeto. Fue una lástima que peleásemos neciamente, mecachis.

La luz interior era suave, de tonalidad rojiza. Al entrar, debí pulsar la de vigilia.

Eric Lustig calzaba zapatillas de antílope, y bajo el batín azul de solapas esponjosas, llevaba un pijama tabaco. Reclinada cómodamente la cabeza en un amplio cojín circular, tenía los brazos cruzados.

Por lo menos, dada su posición, no debió sufrir. Algo es algo.

No me gustaba aquella luz de velatorio. Pulsé otra palanquita. Estalló

una luz verde, repulsiva, cadavérica.

Toqué otro pulsador. La luminosidad se hizo cegadora, de un blanco lechoso. Llamaría la atención por todo el litoral.

Toqué otra tecla de la larga hilera. La luz adquirió matices azulados, armoniosos. Me dirigí al sillín giratorio, para examinar el cuadrante. No había pegas. Todo claro y sencillo.

Remonté a retirar las amarras. Bajé de nuevo para instalarme, tanteando los engranajes de palancas y cierres. Bloqueé el escape. Bastaría con un motor. El supuesto silencioso.

El desembrague respondió bien. Y casi era silencioso aquel motor de arranque. Si aprovechaba el primer impulso de salida, me serviría un par de millas. La mar estaba lisa como una seda.

El yate se deslizó abandonando aguas de Cala Blava.

Un repentino sudor me inundó el cogote.

La autoritaria voz de herr Eric Lustig me interpelaba en imperioso germánico:

—¡Mi querido señor! Lamento tener que comunicarle...

De lo que me tenía que comunicar, ni me enteré.

Todos mis sentidos alborotados por el pánico, se concentraban en evitar el naufragio. Porque la impresión me produjo un tembleque espantoso que agitó torpemente la media luna del manillar-palanca.

La voz del muerto seguía ladrando furiosa a mi espalda.

CAPÍTULO V

La pesadilla pudo durar unos minutos o media hora. Lo ignoro. Logré capear las marejadillas que mi falsa maniobra produjo. Estabilicé el mando automático en el rumbo prudente que evitaría encallar.

Ms volví lentamente.

Eric Lustig seguía hablando. Seguía tendido. Seguía muy quieto.

Me aflojé la *corbanda* que me estaba resultando un dogal muy apretado. El diálogo con mi consejero íntimo brotó algo trémulo:

—Yo voy a terminar loco de atar, si estas bromas tan bestiales continúan. ¿Te fijas?

—Habla, pero sus labios no se mueven. Tiene la boca cerrada.

—Tus libros no dicen nada de muertos hablando con la boca cerrada.

—El *rigor mortis* a veces produce crispaciones musculares y el cuerpo se incorpora, sentándose.

—Lo que me faltaría. Razonemos, capullo, si es que es posible.

No era posible.

Eric Lustig había callado. Y sonaban unos arpeggios lindísimos. Algo así como el preludio de la *Danza di las horas*. Un ritmo bailarín, sofocado, pero irrespetuoso, dado que el yacente era cadáver.

¿Lo era? Me aproximé para acariciarle sien y yugular.

—Perdona, Eric, pero esto ya pasa de castaño oscuro ¿comprendes?

El pobre estaba libre de todo esfuerzo mental. Estaba bien muerto, sin la menor duda posible. Respingué nuevamente tensados los nervios.

Unos tacones repicaban por cubierta. Tacones de mujer. Redoblando por la escalerilla. Miré los peldaños. Nada de piernas femeninas.

Sin embargo, los tacones resonaban más cerca.

Eric Lustig gritó con tonos de intenso terror:

—¡Tú, la Nitribitt! ¡Imposible!

Miré a Eric. Seguía callado, pero acababa de gritar.

El repique de tacones cesó. A mi espalda, una voz acariciante, muy femenina, decía:

—Sí, yo, la propia Rosemarie.

Mi media vuelta fue de trompo furioso. No había nadie.

Estábamos a solas, el pobre Eric y yo. Pero la voz femenina, aterciopelada, insinuante, burlona, manifestaba:

—Otros van a recibir también esta sorpresa. ¿No te resulta ya

agradable volver a verme, Eric? Déjame que te bese. Mis besos te volvían loco, decías. ¿Recuerdas, Eric?

A mi espalda, un cuerpo se desplomó. Miré por encima del hombro. Eric permanecía inmóvil, como desde un principio.

Una risita femenina acabó de erizarme por completo todos los vellos.

Los tacones femeninos repicaron alejándose, redoblando peldaño por peldaño, hasta extinguirse. Coincidió con el último compás, en sordina, de la *Danza de las horas*.

Quedé sentado en el escabel al lado de la litera-banqueta.

—Vamos, habla ya, dime algo sensato, lógico, razonable, Berto. Desde anoche los síntomas son muy alarmantes. Alucinaciones, voces de muertos y de seres invisibles... Si esto no es locura, yo que sé ya lo que va a rasar...

—Serenidad, y olvida la locura, borrico. Lo máximo me padeces es una propensión al humor negro. No es peligroso. Ayuda a encajar los malos golpes de la vida.

—Filosofemos mañana. Ahora reconstruyamos. El pobre Eric lleva muerto un buen rato. Está helado como un polo. Ahora bien, puse en marcha el yate y al poco Eric empieza a hablarme. ¿Es así o lo soñé?

—Fue así. Los dos lo oímos. Tú, el llamado Humberto Duroc, y yo, tu subconsciente, tu *alter ego*.

—Déjate de pedanterías ahora. El hecho es que Eric, tras unas parrafadas enérgicas, se calla. Unos violines gimen en *pizzicato*, ¿sí o no?

—Sí. Después una mujer invisible viene, baja...

—Eric berrea asustadísimo. Fue él. Yo no, porque tenía una bola inmensa en el gaznate. Eric suelta una palabrota alemana que desconozco. Algo así como *lantrobinit*.

—La Nitribitt.

—Letra de más o de menos, para el caso estamos como antes. Y ahora viene lo bueno. Ella, la invisible, dice que lo va a besar. Oigo el chasquido del beso. El pobre Eric calladito, se desploma al suelo.

—Pero lo mirabas. Ni se movió.

—¿Cómo se iba a mover si está fenecido? Lo más absurdo tiene siempre una explicación, si procuramos meditar con frialdad científica, ahuyentando la jindama. Es sencillo, ¡mecachis! Aquí dentro no hay modo de que quepa la sinfónica.

—Cuidado, Berto, hombre... Sigue razonando así, nos subimos por las paredes.

—Repito. Aquí dentro no cabe una sinfónica. Esta es la clave del enigma, cretinazo. ¡Mira!

Señalé el adorno de un panel. Semejaba una red ecilla de aireación. Estaba a poca distancia de la cabeza del muerto.

Me bastó alargar la mano y recorrer el panel.

Apareció el micrófono, la grabadora, un tocadiscos, conexiones de

varios cables multicolores.

—¿Comprendes ahora?

—Pulsaste botones. Uno, posiblemente el de la luz azul, disparó el automático de rotación. La cinta grabada volvió a su punto inicial. Mírala, sigue ahora rodando en silencio, hasta el final, porque el tocadiscos del fondo cesó de funcionar. Volverá a enrollarse en sentido contrario, y a reproducir incansablemente hasta la madrugada si la dejamos.

—Déjala. Oigamos el principio.

Herr Eric Lustig iniciaba la cinta dictando una larga carta. Ponía el disco en sordina, volumen bajo. Un suave repique redoblaba en progresivo taconeo. El grito angustiado:

—¡Tú, la Nitribiit!

Presioné la tecla que hacía enmudecer la grabadora.

Solamente entonces, inclinado sobre el muerto, vi la otra cara de su cuello. Curioso.

En la carótida. Un puntito rojo.

Como la picadura de un bicho. Con un cerco en torno, algo morado. Muy poca cosa. Algo así como una moneda, con un punto central rojo, sangriento.

Un círculo morado en torno.

—¿Dónde diablos he visto esta marca antes de ahora? Hagamos memoria, tú. Escarba tu mollera.

Hicimos memoria, escarbándonos los sesos, hasta que de pronto mi cerebro carburó. Tuve que remojar me los labios.

—Ni hablar, vamos, hombre. Estamos en el año sesenta y ocho. Eso de los vampiros... o vampiras... está bien como películón para asustar críos, fámulas y viejas debilitadas.

—De acuerdo, pero esta marca es indiscutiblemente la mordedura de unos dientes caninos. El moretón, o chupetón, es la huella de los labios absorbiendo.

—¡Cierra la boca, veterinario del demonio! Hablemos de cosas más alegres...

—Por ejemplo, de la mujer invisible, la mujer vampiro.

Preferí salir a cubierta.

La brisa nocturna, el aire oliendo a yodo y marisco, las pinedas del litoral rocoso, todo respiraba realidad.

Tuve que bajar a rectificar el rumbo. Iba perfilándose ya el castillete moruno, dominando la estrecha caleta de Rocaferma.

A mis espaldas, la inquietante figura inmóvil resultaba más inquietante todavía, con la marca tenebrosa hincada al rojo vivo en su cuello.

CAPÍTULO VI

Trude Weber poseía un «Simca». Tapizado en gris indefinible, como ella misma. Al tenue resplandor íntimo del tablero, me instalé a su lado.

Fijándome más que nunca en la delgada línea de sus labios. Labios crueles, color guinda oscuro.

El trecho desierto de aquel ramal de la carretera era lugar propicio para citas de enamorados ansiando una soledad ambiental.

También era sitio apto para escenarios de aquelarres de brujas.

—Tardaste mucho, Berto. Empezaba a temer que te hubiese ocurrido algo.

—¿Por ejemplo?

—Qué sé yo... Aunque citabas un título de piloto entre la relación de tus muchas habilidades, los aspirantes a empleos suelen adornarse exageradamente.

—Yo, por llevar la contraria, porque me atrevo a ser diferente, solamente menciono lo que puedo demostrar prácticamente. Poseo muchos talentos ignorados. Soy un genio desalquilado, polifacético y versátil.

—Procura hablar en serio alguna vez. ¿No tuviste contratiempos?

—Ninguno. Eric se portó muy correctamente.

—Tu humor chabacano ahora resulta horripilante. La muerte es algo, respetable y serio.

—Es algo agradable y risueño, si se acepta como un relax constante. Si no vives no puedes sufrir, si no sufres lo pasas bien. La negación del dolor es la salud, por consiguiente...

—Desde que zarpaste hasta ahora han transcurrido exactamente dos horas y veinte minutos. La travesía es corta.

—Pero el viajero no tenía prisa. Y puse la marcha lenta, la que correspondía.

—Tu máscara facial es inteligente, pero tu sentir del humor es muy poco espiritual.

Conducía ella con precisa manipulación. Daba la impresión de un autómatas. Prefiero la gente animada, con chispa, con viveza, aunque sea a riesgo de oír insultos.

—Soy espiritual, Trude. Mi espíritu es el fuego que prende chispas alegres en la leña muerta que es la materia positiva. No quiero ofenderte, muchacha, pero tu juventud es decrepita, cenizosa, con frialdad de materia

muerta. Es curioso. Además eres noctámbula. Duermes poco.

—Con seis horas de sueño me sobran. Te escucho. Muy atentamente.

—Y su seguro servidor quiere distraerse un poco. Si yo fuese pintor y deseara reproducir la moderna encarnación de la vampiresa legendaria, te plasmaría en tricolor. Blanco fantasmal, gris cenizoso y rojo de sangre.

—Interesante. Pero yo creía que me considerabas la negación de la feminidad. Y vampiresa es la mujer arrebatadora, la que esclaviza a los hombres.

—También es... la que vive de noche, nutriéndose de hemoglobina, adhiriendo los labios a modo de ventosas, hincando caninos agudos, y succionando arterias.

La estaba observando de reojo. No se desconcertó ni pizca. Se absorbió los labios en mueca de repulsión, y decretó:

—Asqueroso. Tienes una imaginación sucia. Pareces complacerte en hablar de inmundicias.

—Es una polémica cultural, no una discusión, chica. ¿Existe o no el vampirismo? Eso quisiera yo saber.

—¿A qué vienen estas majaderías?

—La noche tenebrosa, el reciente viajecito truculento, mi cansancio, mis nervios asomándose por la dermis, tu enigmático perfil ascético, inhumano, etcétera, todo agitado en la coctelera imaginativa, me ha inspirado el tema, y recurro a tu personal criterio.

—Según el profesor Liebenkrauss, el vampirismo existió y existe.

—Mira qué bien...

—Se debe a la exigencia fisiológica y natural de unos murciélagos llamados vampiros. En comarcas incultas, la superstición popular atribuyó las anemias a la mordedura de unos seres monstruosos, durmiendo en ataúdes.

—Sopla... Tendrían un sueño agitado, ¿eh?

—Tradiciones centroeuropeas transmiten la imagen de monstruos vistiendo capas negras, alimentándose de sangre. En realidad eran las sombras de los murciélagos. No existe el vampiro humano.

—Me tranquilizas entonces. Deduzco por consiguiente que al pobre Eric le mordió en el cuello una mosquita bien desarrollada, con trompa de taladro barrenador y belfos de amplia mucosa interior.

Frenó ella demasiado bruscamente. Por milímetros no me incrusté la coronilla en el parabrisas.

Estábamos en una de las pocas rectas de la tortuosa carretera montañosa. Trude Weber asestaba palmaditas en el volante.

Debía ser un sistema yoga para calmarse. Era cuestión de exasperarla a fondo. Reí:

—¿He dicho algo excitante o qué, Trude?

—Ten cuidado conmigo, rufián —y vibraba la voz femenina—. Estás

acostumbrado a tratar solamente con mujerzuelas, pero a mí me respetarás.

—Te respeto, caray. La prueba es evidente. Estamos solos, en las tinieblas rojizas, y permanezco quieto, insensible. Exactamente como si en vez de una mujer, fueses un sargento prusiano.

Perdido el control, Trude giró en el asiento, lanzando zarpazos. Pero su bofetón de la noche anterior me tenía escamado y prevenido.

La pude coger a tiempo por ambas muñecas.

En el forcejeo empezó a jadear, boquiabierta. Y pasó algo incomprensible, totalmente desconcertante.

Me encontré saboreando el más estremecedor de los besos, ya que procedía de la que consideraba un témpano. Primero fue un suave frescor envolvente. Pulpa jugosa con sabor a manzana.

Después, la adherencia se hizo persistente, entibiando.

Era la primera vez que una mujer me besaba. Bueno quiero decir que fue ella, la mujer, la que pasase al ataque bucal.

Paralizado por la sorpresa, percibía yo ante mis pupilas la extraña luminosidad, clara, plateada, de los misteriosos ojos.

Cuando ya mis sentidos despertaban, se presentó otra novedad inesperada. Se separó ella violentamente, y corriéndose el rostro con las manos, intentó ahogar los sollozos.

Era un espectáculo emotivo, patético. De pronto, me sentí canallesco.

—Muchacha, caramba, no es para tanto. El sortilegio de la noche nos impulsa a hacer tonterías. Vamos, vamos... Yo no quería herirte. Tienes que comprender que te tengo amistad. Solamente soy cortés con quién me es indiferente.

Separó ella la diestra, y por si acaso, me dispuse a esquivar.

Pero la diestra rebuscaba en el bolso, y la nariz sorbía. Le tendí mi pañuelo.

—Nuevito, sin estrenar, Trude.

Tras el pañuelo, balbució ella:

—Yo creí que te odiaba, Berto.

—No, mujer. La prueba es que te encolerizo. Y ya lo dice una hojilla de mí calendario. La ira es arrebatada, expresiva, visible. El odio es manso y solapado, melifluo y latente. Eso para que luego digas que no tengo mi ración de cultura.

Devolviéndome el pañuelo, exhibió ella una sonrisa lastimera.

—¿Por qué conmigo te esfuerzas en ser tan antipático?

—Uno de mis lemas es no cogerle cariño a nadie. Me defiendo destilando antipatía a chorros.

—¿Le temes al cariño?

—Esclaviza, hace sufrir siempre, en el mejor de los casos. No quiero que nadie sufra por mí. Por esto no busco esposa. Me muero y mi pobre

viuda se pasaría llorando a moco tendido un par de meses por lo menos.

Volvió ella a ser la experta conductora. Como si no hubiese pasado nada. Era preferible así. Hay temas molestos. Supongo que la pobre se creería víctima de un famélico complejo de devoradora de cualquier presa masculina.

Lo más seguro es que ansiaba amar.

Volvía a ser la secretaria eficiente:

—A media mañana llegarán Marian y Walt Lustig. La viuda y el hijo. Lógicamente, ignoramos lo que le ha sucedido a Eric Lustig, sí, como es de suponer, el hallazgo del cuerpo se realiza tarde, sin dar tiempo a que la Prensa pueda informar.

—Pero nosotros no lo podemos ignorar así tan fácil.

—¿Por qué no?

—Eric estuvo en Cala Blava esta mañana. Bueno, ayer mañana.

—¿Cómo lo sabes?

—Le vi subir por el sendero de la caleta Mirall.

—No pasó a verme, como acostumbra.

—Tendría prisa. Pero es posible que alguien viese su yate.

—Por si llegado el caso, fuéramos preguntados, admitiremos que el yate mojó unas horas en caleta Mirall, remontando luego al norte. En mi bolso encontrarás un sobre azul. Contiene tu cheque.

Poseía plenos poderes para firmar pagos. Guardé el papelito. Al hacerlo mis dedos rozaron la cinta magnetofónica.

Una cinta simbólica. Equivalía al índice acusatorio, en prueba irrefutable que enviaba al patíbulo a la mujer asesina. Sin melodrama, suponía también mi candidatura a comer malvas por las raíces.

Porque sin la grabación, la muerte de Lustig quedaría archivada como una muerte natural.

Si por procesos deductivos no hallaba yo la solución al misterio, tendría que recurrir al vulgar anzuelo. Propagar que poseía una prueba apabullante.

La mujer que mató a Eric haría lo imposible por recuperar su voz grabada. Para ello tendría primero que pisotear mi cadáver. Por lo cual, de ahora en adelante, debía yo estar muy alerta.

—Estás muy pensativo, Berto.

Me arranqué a mis meditaciones, y entonces me di menta que el «Simca» estaba parado junto al rellano de las escaleras bajando al *bungalow*.

—Te noto alelado, Berto.

—Es para estarlo. Oí hablar al muerto, oí a una mujer invisible atizando un beso mortal, y todo con música de ballet.

—Seguro que la licorera del yate contenía algún frasco te coñac.

—Vete a saber, con tanto compartimiento oculto... Tengo sueño, una

inmensidad de sueño. Hasta mañana Tru.

—Son ya las cuatro. ¿Podrás estar en tu despacho a las diez?

—Pregúntamelo a las doce.

En el *bungalow* comprobé que la cristalera y la puerta quedaban herméticamente inviolables.

Trude Weber era un misterio ambulante. Bueno, todas las mujeres lo son, cuando uno pretende adivinar qué ocultan tras la frente.

Pero rondando un muerto por medio, no me interesaba ser el segundo cadáver. Si la mujer invisible era Trude...

La voz de la grabación no se parecía a la suya. Pero existen distorsiones, matices ignorados. Cuando yo oí mi propia voz grabada, no la reconocía. Parecía la de un varón sesudo.

Tomé una precaución contra la posible pesadilla. Un vaso de leche con dos cucharadas de calcio y bromuro.

Coloqué la manilla del despertador señalando las doce. Era un. «Junghaus» silencioso. Trivox. Primero emitía un tictac afelpado, como una tosecilla discreta. Luego, imitaba un carillón infantil. Por último, si no se le hacía caso, trinaba.

Antes de sumirme en las profundidades del sueño, desfilaron por mí pantalla imaginativa dos Evas muy inquietantes.

Trude Weber, sinuosa, ondulante, revestida de malla gris, bailaba un vals lento. Su boca era una inmensa rosa roja.

Serena Katz, ceñida en piel de leopardo, se contorsionaba en ritmo yeyé. Reía con pagano deleite. Su ancha boca carnívora era un coral gigante.

Un enorme murciélago aleteaba majestuoso, hasta ocupar toda la pantalla, sumiéndola en hondas tinieblas.

CAPÍTULO VII

La ducha me dejó nuevo. En la cocinilla silbó la cafetera italiana de cuatro tacitas. La tostadora de seis rebanadas desprendía su aroma de pan bien tostado.

En albornoz y zapatillas fui a revestir las tostadas de mantequilla y naranja amarga. El túrmix soltó su chorro de vegetales y frutas. El arte electrodoméstico permite al soltero nutrirse científicamente. Hace la pascua al superávit de casamenteras.

Empujé la primera tanda del desayuno con un potaje de requesón, jalea de membrillo y yogur. Otra taza de café, el primer pitillo, y daba gloria renacer a la complicada existencia.

Por el abierto ventanal se divisaba el quieto mar, la dorada playa, los verdes pinos, la serenidad de la naturaleza aún no contaminada por hoteles y rascacielos.

Decidí vestir mi atuendo distinguido. Camisa blanca, corbata bronce, traje gris «Diplomat», calcetín blanco y zapatos negros de tafilete.

Todavía no iban a echarme de la urbanización. La prueba evidente era que el director, en vez de despedirme por maltrato a un cliente, me obsequiaba con cincuenta mil pesetas, para mudar de sitio al cliente fallecido por infarto.

Un fallecimiento inoportuno para una urbanización de primera A.

Serena no había denunciado mi escaramuza con Eric. Ni éste tampoco. Lo cual demostraba que su visita era de riguroso incógnito.

Estaba recogiendo mi llavero, encendedor, bolígrafos, cuando restalló el seco ladrido.

Me agradan los perros de todas razas, menos lulús y chihuahuas.

Pero aquel lobo descomunal, desconocido, surgiendo de repente, parándose al otro lado del abierto ventanal, resultaba una amenaza.

Tras el seco ladrido de aviso, gruñó sordamente, colgante la roja lengua entre los maxilares sanguinarios, repletos de dientes agudos.

Alguien, invisible, ordenó en alemán:

—¡Quieta, «Briska», guapa!

O sea que era una perra loba. «Briska» ladeó la cabezota, cesando de gruñir. Ya no me miraba recelosa, sino con curiosidad.

Por la esquina del ventanal apareció un muchacho. Jersey blanco, polo granate, tejanos gris. Cara de chico empollón, gafas de montura negra,

cristales pardos, cabello rubio cubriéndole frente, sienes y pescuezo en casco recortado a navaja.

Hizo lo mismo que «Briska». Se detuvo a mirarme con curiosidad.

Tuve la impresión de ser un orangután enjaulado del que esperan alguna gracia. Vocalicé mi teutón algo macarrónico:

—Buenos días. ¿Puedo serle útil en algo?

El chico sentóse de lado en el antepecho. Doblando las rodillas se las abrazó. La perra también decidió ponerse cómoda. Encajando los cuartos traseros en el césped apoyó las quijadas en la soleada madera del marco.

—Buenos días, Berto Duroc. Yo soy Walt Lustig.

El hijo del difunto. No podía darle el pésame. Resultaría prematuro e imprudente.

—Tanto gusto, señor Lustig.

—Dejémonos de pamplinas y falaces cortesías, Berto. Abreviando se llega antes al núcleo de los problemas.

—¿Problemas?

—No lo son, si se recurre a la franqueza, tan inexistente en nuestra sociedad. ¿Sabe quién soy Berto?

—Me lo dijo. Usted es Walt Lustig.

—¿Sonríe porque le da la gana, o es siempre así de cordial con los extranjeros?

—También yo soy extranjero.

—Pero no turista.

—A mi modo, sí. Salvo que a mí me pagan.

—O le pegan.

—Perdón... ¿Dijo usted...?

—Todavía es joven, Berto.

—Por lo menos no me siento carcamal ni momificado, Walt. Su conversación es original, pero algo inconexa, ¿no? Hice mía pregunta y usted alude a mí edad.

—¿Treinta y ocho?

—Reste ocho.

—Pues parece mucho más viejo. Flaco, fibroso, un buen peso *welter*... No puede tener ya taras seniles.

—Confío en que no. Madurez prematura es una cosa común. Chochez senil otra. Permítame sentarme. Su estilo verbal es algo digno de oírse sentado.

—Tiene mi permiso, Berto.

—Su amabilidad me abruma, Walt. ¿Qué tara senil presento a su perspicaz ojeada?

—Sordera. ¿Es intermitente o acomodaticia?

—No domino bien su idioma. Yo mencioné que me pagaban por mí trabajo. Y me pareció oír que usted afirmaba que también me pegan.

Walt Lustig habló con su loba:

—«Briska», este caballero encorbatado es un hipócrita. Como todos los que han dejado atrás la juventud, es uno más de la generación embustera, sin el valor de sus actos, reprobables o no.

—«Briska», tu dueño se olvida de que yo también tuve dieciocho años, y anhelaba sinceridades. Entonces prefería una cruel verdad a una bella mentira.

—Con rostro duro de viejo prematuro y cínico, vaporiza usted gotas de poesía barata, compadre.

Tuve que reírme. Sin ganas. El estilo agresivo le sentaba a Walt como un par de pistolas a un conejo.

Se quitó las gafas, haciéndolas girar por la patilla.

—Por boxeador que fuera usted en la época del Kaiser, le advierto que no tolero se rían de mí.

—Imite mi tolerancia. Encajé sus calificativos de cínico barato. Alardea de sinceridades pero está dando rodeos. Antes de verme, se informó de detalles que me conciernen.

—Olvidaba que viene usted a ser algo así como el detective del lugar.

—El tonto del lugar deduciría lo mismo. Puedo ser algo chato, pero no llegué a la popularidad del Kaiser. No fui figura como púgil.

Se caló de nuevo las gafas. Con gesto de profesor metódico.

—Ayer al mediodía, usted y mi padre pelearon como dos gallos viejos ante una pollanquita. Niéguelo.

—No veo la razón para negarlo. Fue un ejercicio privado y sin testigos.

—Serena me lo ha contado.

—Ah, caramba, caramba... Perdón si le notifico que me choca, a mí el cínico, que usted conozca a Serena.

—La hipócrita doblez de los hombres maduros es la que me choca. No ignoro que mi padre tiene aventuras.

—No deduzca tan rápido. Su padre pudo visitar a Serena, sin que ello signifique nada. Pudo actuar como un paseante que interviene caballeroso...

—¡Déjese de pamplinas! No soy un nene ingenuo. Estudio segundo de medicina. Tengo diecinueve años. He estudiado a fondo el complejo que avasalla a mi padre. Es el de Fausto.

—Sopla... ¿Cuándo inventaron este nuevo camelo?

—Desde que las vitaminas, los tintes, los masajes, la sauna, las inyecciones de glándulas, infunden una falsa juventud a los vejestorios. Mi padre no se resigna a envejecer. Cree que sus aventuras con muchachitas le quitan años. Es grotesco.

—Poca experiencia acumula usted para ser juez de su padre, muchacho.

—Admito que lo hace con suma discreción, pero no deja de ser grotesco.

—Espere a sumar los cincuenta tacos de calendario. Entonces será tarde, pero ya podrá comprender a su padre.

—Yo nunca traicionaré a la mujer que elija por esposa.

—No hay traición. El afecto matrimonial siempre persiste. Es algo complicado eso del deseo. Lo cierto es que las aventurillas son nubes pasajeras que en nada suponen traición a la esposa.

—Cursillos prematrimoniales, no. No vine a oír sermones.

—Ni los doy. No soy casado ni cura. ¿A qué cuernos vino, Walt?

—A evitar que usted patine peligrosamente. Si mi madre se enterase por conducto suyo... yo le romperé esta sonrisa, Duroc.

—Hasta aquí pueden llegar las aguas. Ahueque, lárguese, esfúmese raudo, Lustig segundo.

—Parece indignado el hombre —comentó el rubiales mirando a su perra.

—Lo estoy, «Briska». Tu amo me supone tan marrano como para chivarme. Habida cuenta de su conflicto filial y por otra razón que me sé, se salva de que no le encasquete una tanda de piñazos en toda la cresta.

—Me salvo porque si me tocas, Berto, la loba te destroza. ¿A que sí, tipo listo?

Tuve que seguir acariciándome el puño crispado, hasta admitir:

—Pues, sí. Como dices muy bien, dejémonos de pamplinas. Posiblemente de no estar «Briska» presente, ya te habría atizado algún mamporro, chico.

—Te aguantas, viejo. Abur.

Silbando, desapareció seguido por su fiel escolta insobornable.

Reapareció mucho más lejos, bajando hacia la playa.

Procuré borrar de mi memoria escocida a Walt, por el momento. En mi programa del día no figuraba él como personaje importante.

Esquivando el asfalto radial de la gran plaza donde se hallan oficinas, tiendas, supermercado, piscina, club, tenis y demás servicios, fui conduciendo por la pista de los acantilados hasta emprender la cuesta empinada que daba acceso a la cumbre.

Por locoide y desquiciada que estuviese, Serena tenía que darme cuenta de sus paseos entre nueve y once de la reciente noche.

Me era preciso sonsacarle también qué relación ligaba a Walt con ella, la «aventura» paternal. Si Walt era el chico rabiosamente sincero que parecía ser, lo normal en un hijo indignado es ponerle los ojos a la funerala a la «aventurera».

—Alto, alto —graznó el sabihondo que siempre me acompaña, pegajoso—. La reacción latina es tosca, brutal y poco civilizada. Hemos nacido en una isla poblada por temperamentos violentos. Crecimos en una

Marsella de meridionales primitivos.

—A mucha honra. ¿Dónde vas a parar, sabelotodo?

—Un hijo nórdico, culto, refinado por ambiente, se limitará a apabullar a la frívola con insultos hirientes. Hasta cabe que nos alejemos de la tragedia griega y pensemos en la actitud de un pollo actual, práctico, que interviniese de un modo positivo, conquistándose a la frívola, y se beneficia suculentamente.

—Oye, acabaré por creer que tu mente es sucia.

—¡Atrás con tal calumnia inmerecida! Llevamos años bregando con elementos humanos con sus pecados, taras y virtudes. Opino que Walt pudo pensar que le convenía apartar a su papuchi de la mala senda, sacrificándose.

—Sacrificio sabroso, mecachis. Aunque posible. ¿Por qué diseñas este perfil de extraño triángulo?

—Serena no haría confidencias a un desconocido. Sin embargo, le contó a Walt que Eric y nosotros boxeamos un poco, como aperitivo.

—Puestos a suponer, si el chico entró en plan bestia...

—¿Con Serena? Je, je...

—De acuerdo. Ja, ja.

—Apéate. Hemos llegado.

La puerta del 53 estaba entornada.

La lechuza tranquilamente paralizada en su percha tras la cristalera. Pero el silencio envolvente tenía una calidad palpable. Superstición, sugestión o lo que fuera, aquel silencio se me antojaba preludio de tenebrosas sorpresas.

Empujé la puerta con las debidas precauciones. El sentido del humor que me había demostrado Serena era del género flojo de chaveta, propenso a la producción de pánico por arrobos, rozando la trepidante esquizofrenia meditada, como diagnosticaría el amable y distinguido doctor Lionel Vernal.

Penetré en el temible hogar solitario de Serena Katz, al estilo agente de choque 000-RIP al canto.

Saltando a un lado, tras la carrerilla en zigzag, me agaché tras un sillón para reaparecer en lenta ascensión.

Reí, alborotados los nervios, inundado mi esófago de silenciosas imprecaciones que no lograban asomar, porque la campanilla se me había trabado engomada al paladar.

En el diván se acurrucaba un esperpento inmóvil, clavándome con fijeza sus negras pupilas malévolas.

Negro desde la saliente nuez a los pies. Negro el pelambre adherido al cráneo puntiagudo. Velloas las picudas orejas. Un pico corvo por nariz. Pellejo amarillento marcando los huesos del hocico.

Un enorme pajarraco lóbrego.

Un espantoso murciélago infrahumano.

CAPITULO VIII

No era un bicho disecado, ni un pelele de cera, ni un monigote movido por control remoto.

Se trataba de un feísimo ejemplar de la raza humana, enropado en negro desde el cuello vuelto del jersey a la puntera de sus zapatos, pasando por el pantalón de tergal.

Sus redondos ojillos expresaban asombro y alarma. Dos cosas lógicas dada mi brusca presentación sin palabras.

Mi modo de entrar no era el más adecuado tratándose de un lujoso chalet en zona residencial de primera calidad, si por tal se entiende la superabundancia de cuentas corrientes.

Volví a paladear la rara sensación, constante desde que conocí a Serena en su salsa nocturna, en su ataúd, de que aquella sala de estar venía a ser como el locutorio de una lúgubre logia secreta.

Y aquel pajarraco humano, el representante de una empresa mortuoria, de pompas muy fúnebres. En aquel preciso instante, estaba lejos de suponer la exactitud de mi pronóstico.

Seguíamos mirándonos en silencio hasta que el extraño sujeto distendió su metro noventa de alambres y cartílagos para ponerse en pie. Habló en francés, cas legítimo:

—Por su aspecto es posible que usted sea Berto Duroc. ¿Sí? Hola, ¿qué tal? Yo, Helmut Hengel, voy bien. Gracias. Al principio supuse la posibilidad de un fugitivo perseguido de cerca. Tuve que descartar la hipótesis del vaquero camorrista, ya que aquí no hay forajidos ni esta sala es un *saloon*.

Sentándome me indicó el sillón tras el cual seguía yo parapetado.

Su voz era incisiva, bien timbrada. Continuó:

—Conozco a Serena hace años. Es deliciosa, se aparta de lo común, y sus excentricidades tienen una categoría plenamente distinta a la histeria colectiva, por grupitos, de la corriente y moliente juventud rica y ociosa. Juventud que, por otra parte, no pude disfrutar yo. ¿Y usted?

—Tampoco me cayó esta breva.

—Le percibo cejijunto y albergando interrogantes.

—No recuerdo su nombre en la relación de residentes de Cala Blava.

—Desgraciadamente, yo soy un miserable imbécil agotado en esfuerzos para lograr vivir sin trabajar. Imposible. Me reconcome la

envidia, pero no puedo sufragar la compra de terrenos ni chalets en esta hermosa costa, ni en ninguna.

—Ya somos dos.

—Mal de muchos es el privilegio de pocos. La élite, la nueva aristocracia del dinero, a la cual nunca perteneceremos ni usted ni yo.

—La esperanza es lo último que se pierde.

—Piérdala, porque no sabe usted multiplicar. Compró arroz a tres y lo vendo a nueve. Sencillo, ¿eh? Pruebe. Se comerá el arroz. No se lo comprarán ni a dos. Las finanzas, a cualquier escala, son un arte. Es usted más cortés de lo que supone la damita propietaria de este palacete. Me escucha sin atajarme.

—Instruirme me place. Naturalmente, no puedo yo preguntar lo que no me incumbe.

—Por esto precisamente le respondo. He sido invitado por Serena a pasar unas cortas vacaciones. Descarte toda idea maliciosa. Serena tiene buen gusto. Y mi único encanto, exclusivo, es ser hondamente repulsivo.

—El hombre, cuanto más feo más hermoso, señor Hengel.

—Dicharacho propagado por Picio, el romano, número dos de los feos repelentes. El número uno es mi privilegio. La indiscreción es mi virtud principal. ¿A qué se cebe su acrobática irrupción?

—Soy el primer interesado en aclarar lo inexplicable. Anteanoche fui requerido por unos vecinos. No podían dormir, ya que aquí dentro, según los denunciante, resonaba una ruidosa cacofonía.

—Los vecinos más cercanos y sus respectivas trompas de Eustaquio, distan un buen trecho.

—Hay ruidos que en la silenciosa nocturnidad son audibles a medio kilómetro. Por ejemplo, el agudo aullido de una alimaña.

—¡Diantres! Su cháchara reclama toda mi atención ¿Qué fauna ronda esta bombonera?

Señalé el perchero con la lechuza.

—Cuando llegué al jardín, este bicho bufó despidiendo llamas de azufre por las mirillas. Absurdo, ¿no?

—Todo absurdo es racional bajo el prisma de la fría lógica. A partir de las nueve de la noche, quien pise las losas de la alameda de acceso, pone en marcha el mecanismo, bufador, que enciende bombillas. Mecanismo de alarma espeluznante para cacos impresionables.

—Segundo absurdo. No había luces, desconectada la red de alumbrado interior. Sin embargo, me pegué un calambrazo eléctrico al tocar la rampa de escalera. De acuerdo. Otra alarma para hacer desistir al posible ladrón.

—O al libidinoso varón de sangre volcánica —rió Hengel, mostrando unos dientes amarillos muy grandes, que le hacían cara de borrico sabio.

—¿Y el minino, qué?

—Al pisar cautelosamente el primer peldaño, se oprime un fuelle que

lanza un agudo maullido.

—¿Y el murciélago, qué?

—En el tejadillo de la caja de la escalera hay un compartimiento. Usted, al pisar otro peldaño, dispara el resorte. Se abren las compuertas y sujeto a una varilla pasa en vuelo rasante de ida y vuelta, un pájaro metálico dotado de sirena silbante. Un cucú ampliado.

—Simpático juguete. Y si para entonces el ladrón o el lascivo visitante cauteloso no está ya muerto por un estallido nervioso, ¿qué le reserva la traviesa propietaria?

—Luz de cirios... Ataúd... Concierto macabro... Una gama muy eficaz de sobresaltos dosificados, capaces de producir epilepsia a un tarugo.

—Le noto muy informado sobre el funcionamiento de este parque de atracciones casero, señor Hengel.

—Serena se apasiona por los trucos de magia teatral. Le ahorró varias impresiones poco gratas. El asidor de puerta que zumba y cosquillea la palma. El esqueleto saludando al pasar. La escoba flotante que lame la cara con flecos mojados. La baldosa que cede por ser una lona tensa sobre un vacío. El rodillo funcionando entre dos tablones moviéndose en sentido contrario. Excelente para obesos.

—El visitante nocturno que se deslice en este dulce antro saldrá dando cabriolas como un ternero en estampida.

—Si persiste en volver, se convierte en cliente asiduo del vecino doctor Vernal.

—Posee usted información abundante, señor Hengel.

—En la profesión me apodan Mefisto, el sardónico diablejo dotado de un cerebro sólido. Me agrada dicho apodo. Firmo así mis crónicas.

—¿Periodista?

—Prostituto del bolígrafo.

—Cada día hay nuevas carreras, córcholis.

—Fui poeta hasta que mi persistente delgadez preludiaba anemia perniciosa. Me convertí en abyecto narrador de escándalos mundanos. Produce buenos beneficios, aparte la consabida úlcera duodenal. Sugerir que Sofía, Claudia o Nanaya son accionistas de la Mafia, garantiza millones de lectoras.

—Peligrosa su sugerencia.

—Sabiendo esquivar y correr, habiendo hospitales confortables, no hay peligro. Todas las revistas le suplican a Mefisto que suelte veneno, bazofia y babas, pero, ¡oyo! siempre a cubierto de la ley de difamación y libelo.

—Mal puede cubrirse, si alude a una célebre actriz relacionándola con la Mafia.

—La veteranía aconseja tener siempre a mano un borrachito de la alta sociedad, que invitado a *whisky* «a gogó», ya no recuerda si dijo o no dijo,

pero confirmo que habló confidencialmente conmigo acerca de las susodichas celebridades. Basta encabezar la serie de embustes con la manida falacia: «Según fuentes muy fidedignas...»

—¿Inventa siempre, Mefisto?

—Ojalá, mi estimado Berto, pero el material candente que me proporciona la élite, me surte de cantidades ingentes de crónicas escandalosas.

—Comprobada su vivacidad mental, acláreme, por favor, otro absurdo. Un visitante alelado, yo, ante Serena en su ataúd, recibe un porrazo en la nuca. ¿Forma parte de las atracciones del local?

—Que yo sepa, no. ¿Vio a su agresor?

—No. Ni idea tampoco de quién me transportó en mi propio coche hasta mi lecho, en compañía de un frasco que no vacié. Era coñac. Mi marca habitual.

Helmut Hengel adquirió la expresión de un buitre oliendo a carroña. Se le iluminaron los ojillos, de cerco enrojecido, sin pestañas, con destello de anticipado deleite.

—Magnífico, magnífico. Garantizado que Serena no instaló resorte atizador de nucas desprevénidas, caben varias deducciones. La más sencilla, usted mismo la captó, Berto.

—Alguien se hallaba en la casa, o vino pisándome los talones. No le interesaba que yo pudiera contar que esta casa es un manicódromo donde la traviesa dueña pernocta en caja de madera.

—Forrada y confortable. Es su modo de habituarse a lo inevitable. Ni el más listo escapa vivo de este globo terráqueo. Todos hemos de morir. ¿No se lo revelaron?

—Procuro olvidarlo. No conseguí sacar otra deducción de mi transporte.

—Cabe otra. Estimulado por varias dosis de coñac, un gallardo corso acude con intenciones retozonas en efervescencia. La sucesión de pequeñas emociones le tumba. Serena le transporta compasiva...

—Serena me transporta arrastrándome por los tobillos, supongo, y mi coronilla choca con algún peldaño.

—Más o menos.

—Por cierto, ¿dónde está nuestra traviesa anfitriona?

—Fue al supermercado. No, no mire hacia la puerta. Ella suele entrar por la cocina o remontarse al piso alto, por la escalera posterior. Espero que nuestra anfitriona le resulte simpática.

—A intervalos.

—Pese a que ayer mismo, aficionada a las peleas improvisadas, ella le azuzó encima al fornido ex atleta que fue Eric Lustig.

—¿Fue?

—Lógica y gramaticalmente, un cincuentón ya no es un atleta, sino un

gordo robusto, sobre todo si le place la buena mesa.

—¿Fue usted invitado casual o intencionalmente, Mefisto?

—Me place su talentillo, muchacho. Fui requerido de urgencia por Serena.

—Sería para anunciarle la posible escandalera que formarán frau Lustig y su hijo Walt en relación con los devaneos de Eric.

—No sea retrógrado ni anacrónico, Berto. Usted es hombre viajado. Si todas las esposas que se creen engañadas, cuando deberían, por el contrario, considerarse aliviadas de una pesada carga, formasen escándalo, que daríamos cesantes los escatólogos.

—¿Quiénes son éstos?

—Los cronistas como yo, que se alimentan de las pestilentes Sodoma y Gomorra. Dígame lo que le arde exhalar.

—Da usted por hecho que frau Lustig sabe y consiente.

—La buena Marian Lustig, plácida, resignada, mantecosa y materna, vive en el limbo de la inteligente ignorancia. No desea saber nada que no sea concentrarse en platos selectos, lecturas rosa y mimar a su niño bonito.

—He conocido a Walt y su perra. Monísima, pero imponente.

—«Briska» es una pastora alsaciana que le mete miedo a un domador. Si la topa a solas, muchacho, un consejo. Quieto y a rezar. Le recomiendo San Roque. Es el patrón de los chuchos.

—Pero no el patrón de los degollados a dentelladas. Walt me pareció sincero.

—Coma, cinco.

Miré interrogante al que repitió:

—Cero para la unidad, cinco para los decimales. No se aperpleje. La mención sincero me provoca este calculillo. El que elabora su mentira, preludia siempre la frase con «hablando sinceramente», y a continuación suelta la trola.

—La sinceridad existe, Mefisto.

—Entre los niños de corta edad, los borrachos accidentales y los locos cuando coordinan. Usted mismo, Berto, en este preciso instante, ¿no oculta algo?

—Todo, ser viviente tiene cadáveres en su armario. ¿A qué exhumarlos?

—Si no están putrefactos, ¿por qué no? Su alusión a la expresión británica de fiambres en conserva, suscita el tema de los secretos inconfesables. Pero con buena voluntad, todo es confesable, si el que escucha es afectuosamente escéptico y de máxima inteligencia tolerante. Yo.

—Nada tengo de fanático extremista ni tonto integral. Mi manga es anchísima. Podré resistir sin horror ni vértigo sus confesiones, Mefisto.

—Póngame a prueba. Una condición: luego, la reciprocidad. Adelante,

Berto.

—¿Llegó esta mañana?

—No.

—¿Dónde estaba anoche entre nueve y once?

—¿Y usted?

—No vale, no vale. Yo soy el que pregunta. Su turno, luego.

—Anoche, entre nueve y once, estaba aquí mismo, jugando al ajedrez con Serena.

—¿Cuántas partidas?

—Cinco. Empate a dos. Gané la última. La de la honrilla.

—¿Lo juraría ante un tribunal?

—De la propia Inquisición, si fuera preciso.

—Incrédulo, escéptico y corrompido por la codicia, usted juraría en falso sin el menor escrúpulo, Mefisto.

—Cabe tal aserto para usted y para mí, místicos desengañados de la poesía. Ahora bien, yo aprecio la mentira útil. Execro de la inútil. ¿Qué provecho me reportaría jurar en falso que jugué al ajedrez entre nueve y once, anoche?

—Proporcionarle una coartada a Serena.

—¡Diantres! Salvo error y no lo hay, coartada significa encubrir algo delictivo y criminal.

Oí un tecleo. Que fue transformándose en repique de tacones altos.

CAPÍTULO IX

Serena Katz descendía del piso superior. Con una minifalda de impacto seguro. El segundo impacto, y doble, lo provocaba su blusa finísima. Demasiado.

Remataban el monumento de impactos, las sandalias de tirilla tobillera, con afilados tacones-estilete.

Vino a inclinarse tras el diván, acariciando la mejilla del periodista.

—¿Te das cuenta de lo elegante que es Berto? Visto así, callado, resulta casi distinguido. Pura fachada. Es un rufián barnizado. Rasca un poco la superficie y aparece el curso de mente tortuosa, el montañés del *maqui*, salvaje y malintencionado.

Emitió su risa de leona. Mefisto la acompañó con hipidos lobunos.

Cada vez me resultaba más gráficamente animal la jungla de excéntricos peligrosos que rodeaban a Serena en su ataúd.

Pero era una partida de ajedrez con tres participápanos la que estaba desarrollándose ahora. Era cuestión de calma y cautela. Moví el primer peón de ataque al centro:

—Admitiendo que soy un aldeano cerril, de cochambrosa mentalidad, has de admitir que hiciste lo imposible para conseguir que Eric Lustig sintiese afanes de exterminarme.

—Me llamaste chiva loca, niñata con mala baba, y otras lindezas por el estilo, aparte de disponerte a darme una paliza.

—Me limité a exponer que necesitabas unas nalgadas.

—Con lo cual el muchacho demuestra su buen gusto, Rena —intervino Helmut Hengel—. Permítenos volver al tema interrumpido por tu arribada bien venida. ¿Dónde estabas anoche, de nueve a once, Rena?

—Jugando al ajedrez contigo. ¿Tan reblandecido tienes el seso que no te acuerdas ya de tus actos no reprobables? Te acecha la chochez, chismoso.

—Un encanto de niña. Hasta es capaz de ensartar «ches» sin respirar. ¿Hicimos fechorías anoche, chatilla chalada? Berto, aquí presente, no me desmentirá. Me acusa de proporcionarte una coartada o viceversa.

—¿No te dije, Mefisto? Este sátiro sádico atisba maldad por doquier. ¿Quieres un aperitivo, Berto, vida mía? Palabra que no te echaré arsénico. Se me olvidó comprarlo.

—No bebo estando de servicio.

—¡Será carota! Dice que está de servicio y desde hace tres días ni se asoma por la cueva laboral.

—Soy un trabajador intelectual y rumiante. No permito que me encasillen y emboten en horarios.

—¿Acabaron ya, chicos? Mi turno, Berto. Fui sincero al contestar sus preguntas. Trate de imitarme. ¿Dónde estuvo anoche entre nueve y diez?

—En compañía de una dama.

—A cualquier zorra le llama condesa el gañán.

—Te callas, Rena. Este muchacho te demuestra una conciencia cortés.

—En consideración a usted, Mefisto. Prosiga su interrogatorio.

—Probaremos el test Roerbach, no el de las manchas, sino el primario y engañoso. Preguntas inocuas y entre ellas se embucha una que rezuma hiel. ¿Le gusta el sol, Berto?

—Cuando hace frío.

—¿Le encanta ser ansiado secretamente por toda clase Evas?

—Me despepita.

—¿Entiende de sinfonías?

—Ni papa.

—¿Dónde navegaba al filo de la medianoche?

—Pregunta capciosa, profesor. Ahora bien, si navegar es caminar errante, soñar despierto...

—Navegar es navegar, transitar sobre mar o río, usufructuando embarcación. ¿Por dónde pisaba exactamente las cero veintiocho?

—Cuando piso no miro el reloj, ya que es la medida elemental para no darse de morros en el suelo.

—El muy sospechoso se resiste, Rena. Voy a ayudarle, Berto. Terminadas mis partidas de ajedrez y para no sucumbir a la tentación de saltarle encima a nuestra anfitriona...

—Porque te habría desencuadrado a tortazos, querubín —sonrió ella.

—Si los querubines tienen el menor parecido conmigo, aviados van los que paseen de noche por la corte celestial. Como le decía, salí a pasear.

—¿Con rumbo premeditado?

—Exacto. Para hacerle una visita a Lustig y sonsacarle chismes, en la favorable adormidera de su yate Pero vi una sombra pisar el recóndito embarcadero de caleta Mirall. La sombra se hundió en las entrañas de la nao. Reapareció para soltar amarras. La nao bogó rumbo al norte. ¿Está en buenas relaciones con la policía, Berto?

—Por ahora, ni buenas ni malas. Ninguna.

Removiéndose en su esquina del sofá, Serena batió palmas, jubilosa.

—Te conozco, Mefisto. Eres pérfido y de sublime intelecto. Si logras que metan a este simio inmundito entre rejas, te obsequiaré con una selección especial de mí surtido de caricias.

—Gracias, pero quiero vivir unos años más, Mesalina Katz. Le veo algo pensativo, Berto. Vuelque en mi discreto oído la secreta taquicardia que le produce el remordimiento.

—Estando presente ella, mi silencio es oro. Mantendré cerrada la boca.

—Rena, vete a la cocina a ver si estoy friendo huevos.

Dócilmente, obedeció ella sin rechistar. Ya distaba lo suficiente para que pudiera yo comentar admirado:

—¿Qué filtro le administra a la tigresa para convertirla en una mansa cocinera, Mefisto?

—El mismo filtro que a otras desorientadas. Lo que tanto escasea en nuestro puerco mundo: ternura sin equívocos, comprensión cuando toca, simpatía, cariño sin carnalidad, afecto paternal, amistad sin reservas... Volvamos a su caso. Asómbreme un poco, por favor.

—No creo que le asombre si le digo que Eric Lustig ha muerto.

—Era mortal. No me asombra. Esta madrugada le visité en la cala donde usted lo dejó anclado.

—Me lo estaba imaginando. ¿Por qué no interrogó a Trude Weber?

—Porque es la secretaria por contrato de esta urbanización. Es decir, nada confirmará mientras yo no le presente datos concretos.

—¿Piensa publicar una de sus crónicas?

—No.

—Imposible. Usted es periodista.

—Pero le tengo un gran aprecio a frau Marian Lustig. Deseo que ella siga en su hermoso limbo. Y también dejo que bajo ningún concepto perjudiquen legalmente a Serena.

—¿Por qué iban a perjudicarla a la muy inocente criatura?

—Su fingida ingenuidad rústica le sienta como a Barrabás un ramillete de lirios, muchacho. Si la policía supiese que Lustig falleció anoche en caleta Mirall, cualquier indiscreción obligaría a interrogar a Serena. Forzosamente Marian Lustig se enteraría de la inmensa atracción que Serena ejercía sobre Eric.

—Me limité a trasladar a Lustig a otro embarcadero, para no empañar con publicidad luctuosa el renombre de saludable paz de esta urbanización.

—Fallecer de muerte natural no deshonra a ninguna urbanización.

—Es que aquí se viene a descansar aspirando aire de pinos, a gozar de la existencia sin ruidos, no a morir aunque sea de infarto de miocardio.

—¿Dónde le expidieron el título, doctor Duroc?

—Sin ser médico es sencillo diagnosticar *post mortem* esta clase de turismo a un mundo mejor.

—Ilústreme. ¿Características del que fallece de infarto?

—Lividez labial, arteriolas coaguladas y, sobre todo, si es un amante

de la vida, una crispación aterrorizada de la facies.

—¿Aterrorizada?

—El que sabe que tiene lesión de coronaria, tampoco ignora que va a morir, si el pellizco cardíaco es feroz insistente, y el que lo sufre no tiene a mano sus tabletas sublinguales.

—Ante un juez corriente, quedaba usted absuelto de toda sospecha, amigo mío. Pero yo no soy nada corriente.

—Ya me he dado cuenta, palabra.

—Si hay algo que consigue irritarme es que abusen de mi semblante angélico, de mi alma bondadosa y de mi escasa inteligencia. Estoy irritado. Se reserva usted detalles esenciales.

—Cíteme uno, como botón de muestra.

—Salvo estar presente durante el ataque cardíaco, usted no puede saber si Lustig no tenía al alcance sus tabletas de nitrato.

—Le registré para comprobarlo.

—Perfecto. Y habida cuenta que usted es una parvulilla impresionable, registró el cuerpo, mirando al techo, sin mirarle la cabeza a Lustig.

—La miré. Cuello incluido por ambas caras. Yugular y carótida.

—Espléndido, espléndido. Progresa mucho, Berto. ¿Su manual de forense aficionado describe como otro síntoma de infarto, un picotazo amoratado en la carótida?

—Usted gana, maestro. Vi la marquita, pero solamente se me ocurrieron explicaciones de un absurdo delirante.

—El delirio del absurdo está contenido en el ambiente que nos envuelve desde el primer berreo. No pedimos venir al mundo. Yo por lo menos no recuerdo haber suscrito ninguna instancia solicitando ser amamantado en Fráncfort, en el seno escuálido de una familia paupérrima.

—Yo fui más agraciado. Me tomó una familia económicamente débil, porque mi alegre padre despilfarraba todo lo que mi estupenda madre no lograba gastar antes de finalizar el mes.

—Por lo menos si comía poco a fin de mes, se divertía mucho. ¿Qué le inspiró la marca?

—A lo mejor lo mismo que a usted.

—Imposible. Yo no divago. Soy concreto. Respete mis canas. Responda antes que yo, como es su obligación.

—Imaginé un vampiro.

—Debido a que la noche precedente un murciélago de metal le rozó. Concatenación lógica. Hubiera sido más sencillo deducir que Lustig, mientras buscaba sus tabletas, chocó el carnoso cuello contra algo agudo.

—Lo encontré apaciblemente tendido.

—No basta. Tras la tormenta, la calma. Tras los estertores agónicos, la relajación definitiva. Tengo que disipar su última resistencia pasiva, Berto. Usted podrá ser impresionable en una casa a oscuras, con lechuza,

calambre, gato chillón y otros complementos. Pero no se acoquinará en la soledad de una cámara de yate, mortuoria o no. Mencionó una coartada. Si la muerte de Lustig le hubiera parecido natural, no aludiría al legal alibi.

—Usted vuelve a ganar, profesor. Déjeme ordenar mentalmente la sucesión de los absurdos.

Era ya cuestión de jugar la pieza fuerte. La autora de la extraña muerte de Eric, o su protector, ansiarían recuperar la cinta delatora, delatándose.

—Acompáñeme con la imaginación, Hengel. Solitud en un yate. Comprobada la indiscutible muerte de Lustig. Yate que corta suavemente el mar. Y a sus espaldas el muerto le interpela. ¿Qué tal?

—Soberbio, fantástico. Una impresión digna de sudarla, si se sobrevive.

—Sudé poco, porque el hielo del terror produce gotitas congeladas.

—¿Y qué le contó el muerto?

—La primera vez no me di cuenta, porque al recobrar mi normal audición, lo que sonaba era una música lánguida, de ballet.

—¿La *Danza de las horas* de *La Gioconda*?

—Exacto, córcholis. ¿Estaba usted allí o qué? No le vi, palabra.

—Luego le aclaro. Prosiga.

—Oí tacones femeninos.

—¿En qué se distinguen de los masculinos?

—Más nerviosos, menos pesados. Una mujer bajaba la escalerilla. Lustig, asustado, gritó una palabra rara. No domino el idioma germano.

—Puedo ayudarle, ya que es mi lengua nativa. ¿Qué palabra era?

—«¡Tú, Lanitribitt!»

La silenciosa risa del periodista le convertía en gárgola sardónica. Asintió gravemente con ademán invitante.

—Yo oía un diálogo, pero no veía a mujer alguna, ni se movían los labios del difunto. La visitante admitió llamarse Rosemarie. Expuso que otros iban a llevarse también la gran sorpresa. Afirmó que sus besos le encantaron a Eric, y que iba a darle uno. Se lo estampó, puesto que oí el chasquido. Luego, el cuerpo fornido desplomándose del sofá al suelo y los tacones alejándose. Fin.

—No me muerdo las uñas porque los cuentos de terror solamente causan efecto leídos a la luz de un quinqué o de una vela... Oiga, ya que tras esta sucesión de escenas no estaba usted nadando hacia tierra firme, debo felicitarle por su valentía.

—No hay de qué ni por qué. Las piernas no me obedecían. Por esta misma razón pude hallar la clave del misterio. Yo mismo, al pulsar una luz especial, puse en marcha una grabadora escondida tras un panel de la cabecera. Eric había dictado una carta, recostado.

—También había un *pick-up* con un disco en el plato. El ballet. Lo que

no vi fue cinta alguna en la grabadora.

—Es mi botín.

—Diantres, diantres... A ver si resulta ahora que la cara es el espejo del alma, muchacho. Me refiero a tu cara.

—Mi alma es pura en este caso. No deseo hacer chantaje alguno. Guardo la cinta como curiosidad y también por si fuera necesario hacer uso de ella, de suceder ulteriores absurdos con defunciones.

—Perfectamente. Le creo, Berto. Y en vista de que ignora el significado de la extraña exclamación lanzada por Lustig al acoger a la fuerza a su visita femenina, he de recriminarle su incultura periodística. ¿Es que no leía la Prensa alemana del año cincuenta y siete?

—¿Año cincuenta y siete? Déjeme recordar... Me hallaba yo en las riberas del neblinoso Támesis, aprendiendo inglés por narices, debido a que mi padre era agregado del cuerpo diplomático. Mis lecturas por entonces oscilaban entre los novelones complicados y las obras clásicas.

—También era una institución clásica Rosemarie Nitribitt. Su profesión era la más antigua del mundo.

—¿Jardinera?

—Cortesana. Corrijo su concepto equivocado. Adán cultivaba manzanos. Eva le miraba hacer... Regresando a la Nitribitt, sepa que su caso es excepcional. Una Mesalina moderna, seductora y avasallando a todos los prohombres en el Fráncfort de los años cincuenta.

—También Eric residía en Fráncfort. Por consiguiente, fue Rosemarie la que le visitó anoche.

Denegó Hengel con el flaco índice, acentuando el rictus sardónico.

Protesté:

—La voz de Eric Lustig es irrefutable. Identificó a Rosemarie Nitribitt.

—Si así fue tendremos entonces que admitir la posibilidad de resucitar antes del Juicio Final, ya que la Nitribitt falleció el mismo año cincuenta y siete, estrangulada.

CAPÍTULO X

Un condumio sabroso. Especialidad del Club Cala Blava, que atraía a muchos *gourmets*: una parrillada, lloretana, donde los crustáceos tostaditos, las lanchas de langosta y rollitos de lenguado, se bañaban en salsa Pardo. Una salsa estupenda. La receta es un secreto.

El vino blanco despedía efluvios de albaricoque. Seco y suave. A la hora de comer soy individualista y antisocial. Elijo siempre una mesita solitaria, alejada del bullicio.

Me soplé demasiado vinillo. Aunque, de momento, la crema catalana, una pura delicia, me amortiguó los efectos, y empecé a sentir soñera una vez en mi *bungalow*.

Serena me había invitado con franqueza a almorzar, insistiendo también Hengel, que estuvo un buen rato escribiendo, sin hacernos ni caso. Alegué, y era cierto, mi voto de siempre: rumiar mis alimentos a solas.

Hengel fue a rebuscar en los estantes de la biblioteca. Me tendió un librito encuadernado. Acompañándome al aparcamiento, declaró orgulloso:

—Serena va coleccionando mis crónicas. Esta se refiere a la Nitribitt. La escribí medio año después de su muerte. Vale la pena, créame. Fue un personaje excepcional.

Estaba yo dando al contacto, cuando añadió Hengel:

—Esta noche, Serena y yo damos una sesión de gran gala. Queda invitado, y no puede faltar. ¿Le interesa, sí o no, saber quién mató a Lustig?

—Sí. Mucho.

—Me falta solamente un detallito, relacionado con la cinta en su poder. Posible es que esta misma tarde intenten quitársela. Será la prueba definitiva contra la mujer asesina. Venga a las nueve en punto.

Bajo la puerta del *bungalow* habían deslizado un mensaje. Mecanografiado por Trude. La dirección consideraba oportuno que durante unas jornadas más continuase absteniéndome de merodear por la oficina, hasta que se disipasen los ecos del fallecimiento de Lustig.

Confortablemente tumbado, en la grata penumbra del cortinaje corrido, fui leyendo la crónica firmada por Mefisto:

«¿Quién mató a Rosemarie Nitribitt?»

El estilo era cortante, insidioso. Sugería, sin acusar. Me leí la crónica de un tirón. Tenía talento Hengel Sabía tocar un tema espinoso, sin chabacanería.

Mientras leía, fui subrayando los párrafos que consideré dignos de ser recalcados para mi registro mental:

«La apariencia física de Rosemarie fascinaba al varón germánico. Una muñeca de mejillas redondas y labios golosos. Una esbeltez torneada.

En sus ojos de cambiantes matices verde y plata, remontando en sesgo hacia las sienes, alentaba una cándida crueldad egoísta.

»Como una abeja atraída por el tarro de la confitura, Rosemarie eligió como campo de acción la ciudad de Fráncfort, centro del *boom* industrial.

»Poseía el aura magnética que obligaba a volver la cabeza a los hombres, aunque estuvieran asidos del brazo por una esposa mandona.

»Su voz podía mudar desde el tono aniñado hasta el grave y pecaminoso de la Marlene Dietrich.

»Se complacía en hablar vulgarmente. Llamaba “peces gordos” a los potentados de la industria. Seleccionó a sus amigos entre la flor y nata de los millonarios de Fráncfort.

»Su nombre era susurrado en las cenas de negocios, en las reuniones políticas y al oído de celebridades extranjeras en visita. Anotaban su teléfono norteamericanos, ingleses y franceses, durante la sobremesa, en la euforia, acompañando la feliz conclusión de un contrato fabuloso.

»En los escenarios se cantaban estribillos sobre Rosemarie: “La Mesalina del Mercedes Benz”, “La Chica del Milagro Económico”.

»Durante el verano de 1957, los que conocían a Rosemarie empezaron a percibir en ella los evidentes signos de un pánico creciente. En otoño, la Nitribitt parecía vivir bajo un terror constante.

»Compró un revólver. Cambió de apelativo. Eligió una identidad de opereta: “Condesa Maritza”, exigiendo una contraseña cuando la llamasen por teléfono. Salvo oír: “Rebeca”, cortaba inmediatamente la comunicación.

»A un garajista que admiraba su lujoso “Mercedes”, le dijo ella amargamente: “Es un primor, pero aguarda y verás,

muchacho. El día menos pensado será mi tumba. Ellos acabarán conmigo”. No aclaró quiénes eran “ellos”.

»Viernes, uno de noviembre. La mujer de faenas, al no responder Rosemarie a sus llamadas, telefoneó a la policía. La encontraron tendida en la alfombra, con una mano tendida hacia el teléfono. Totalmente vestida. Su blanca garganta mostraba magulladuras.

»La policía comprobó que el bolso de Rosemarie contenía tres mil doscientos marcos. También estaba intacto el cofre con sus joyas. Quedaba descartado el robo como móvil.

«Registraron a fondo, hallando tres cámaras de filmar situadas en diversos ángulos. Ocultas. El objetivo simulaba ser un aplique de cristal. Hallaron tres micrófonos conectados con grabadoras. Un arsenal científicamente combinado con los juegos de luces.

«No se hallaron ni filmes ni películas. Ya no quedaba duda. Rosemarie coleccionaba material para chantaje. Quien la mató, estaba únicamente interesado en llevarse todas las pruebas molestas.

«Hubo una desbandada general de capitostes de los negocios, de la diplomacia y de la política. Todos, de repente, necesitaban vacaciones y tenían que aspirar aires sin la menor partícula de oxígeno alemán.

«Estallaban peleas en restaurantes de moda porque alguien susurraba “Nitribitt” a espaldas de un comensal. Dos financieros se suicidaron. La Prensa insertaba gacetillas pagadas donde se amenazaba con acciones legales “a cualquier persona o personas que propagasen falsos rumores ligando mi honorable identidad con la de la difunta Nitribitt”.

»Una lápida de mármol de Carrara cubrió la tumba. La inscripción era debida a la cultura especial de la propia Rosemarie: “Vivir alegremente fue mi credo. Dios me perdonará”.

«Pero el jefe de policía de Fráncfort no vivía alegremente. Padecía un empacho de millonarios sospechosos. Once de ellos habían admitido que Rosemarie les hacía víctimas de chantaje.

»En febrero de 1958, la policía anunció que habían hallado al estrangulador. Un viajante de comercio. Confesó ser íntimo de Rosemarie. Y en los cinco días siguientes a la muerte de Rosemarie, el viajante había liquidado deudas por un total de quince mil marcos, comprándose además un coche deportivo. Se negaba terminantemente a explicar cómo consiguió aquel dinero repentino.

«Por falta de pruebas terminantes, el viajante quedó absuelto.

«Súbitamente, apareció otra pista. Tan siniestra en sus implicaciones que hasta la avezada policía sintió escalofríos.

«Muchos testigos declararon que en los últimos seis meses de su existencia, Rosemarie fue vista con hombres jóvenes, de aspecto hostil, y trajes poco elegantes. Con acento pronunciadamente sajón. El acento de Alemania del Este, la Alemania comunista.

»Se llegaba a una terrible hipótesis: ¿acumuló Rosemarie pruebas comprometedoras a sueldo de la República Democrática Alemana? ¿La colección que pasó la frontera era más que suficiente, y se estimó conveniente suprimir a la coleccionista? ¿Dada la insaciable codicia de Rosemarie, discutió sobre la escasez de sus honorarios con sus eventuales socios comunistas? ¿Fue Rosemarie tan ingenua como para amenazar a sus asociados con denunciarles si no le pagaban más generosamente?

»Todo ello explicaría el creciente terror manifestado por Rosemarie en las últimas semanas de su vida.

»Si esto fue lo que sucedió, entonces existe un cofre muy fuerte en las oficinas de un servicio secreto alemán oriental, albergando material suficiente para arruinar vidas o conseguir complicidades entre influyentes prohombres capitalistas.

»Es lógico suponer que el estrangulador actuaba como instrumento a sueldo. Lo de menos es imaginar si eran capitalistas o comunistas los que alquilaron las manos estranguladoras. Lo indiscutible es que poseían medios sobrados para facilitar una fuga segura y rápida al asesino.

»Tal vez algún día el estrangulador de Fráncfort sea llevado a los tribunales gracias a la intervención neutral la Interpol.

»Tal vez reaparezca como un evadido de la Alemania Oriental y venda sus memorias a un periódico dominiguero.

»Pero lo infalible es que hasta que tal día llegue, la lápida de mármol de la que quiso vivir alegremente, acogiéndose a la misericordia divina, sigue arrojando una gran sombra tenebrosa sobre la próspera ciudad de Fráncfort».

La serie de interrogantes que me formuló esta lectura, complementada por otra, y los efectos retardados en espoleta del formidable vino blanco, me hundieron en la poltrona de un excelente sueño. Una siesta dilatada. Desperté ya anochecido.

Pero desperté porque hacía un rato que confusamente notaba un

quejido. ¿Arañaban? ¿Mordían?

El «racric, racric» lo interpretaban sobre la puerta. Aspiré aire a fondo. Tras la puerta apliqué el oído. Percibí una respiración. No era la mía.

Mi reloj marcaba las ocho y diez. Fuera, tinieblas... Hice una pregunta del género idiota:

—¿Quién es?

Una voz femenina, sofocada, bisbiseó:

—Abra aprisa. Es urgente.

Por primera vez en mi ficha varonil, tardé en abrirle la puerta a una mujer.

CAPÍTULO XI

Abrió, retrocediendo poco a poco. Una masa confusa se coló, cerrando. La masa se cubría el dorado cabello rubio con un turbante azul. Y el voluminoso cuerpo con un ligero abrigo azul oscuro.

Las piernas enfundadas en nylon gris, podían ser femeninas. Los pies calzaban zapatos blanquiazules, de alto tacón.

La visitante se volvió, alzándose el velo del turbante. Un semblante redondo, lunar, plácido, de ojazos vacunos. Su alemán era suave:

—Lamento haberle despertado, señor Duroc. No me atreví a llamar con fuerza. ¿Puedo sentarme?

—No faltaba más señora. Perdóneme. Estoy todavía algo adormilado.

—Me costó un gran esfuerzo acudir a visitarle, señor Duroc, porque soy Marian Lustig. No se crea obligado a formulismos. Mi Eric era bueno. Hace años decidimos convivir como hermanos, ¿me comprende, verdad?

No la comprendía, pero asentí.

—Me preguntará usted por qué le cuento estas intimidades.

—Por instinto maternal, frau Marian. Usted es juvenil en su aspecto, pero nació maternal.

—Gracias. ¿Puedo llamarle Berto?

—Me honra, frau Marian.

—Suprima el tratamiento. Deseo que me oiga como a un amigo, en tranquila charla. Pero tampoco quisiera que se suponga que no me duele la muerte de mi Eric. Siempre le repetía: «Mira, Eric, tienes que cuidar tu corazón. No comas tanto, no trasnoches tanto...» ¿Me creará una mentirosa si le digo que no me hacía caso?

Chasquéé la lengua con expresión de disgusto. Oír a Marian Lustig refrescaba el alma y dejaba descansar el cerebro.

—Yo sabía que un día u otro me anunciarían que mi Eric pasó a mejor vida. He llorado al saberlo, pese a siempre temer este final. No era malo mi Eric. Tal vez yo fui cruel.

—¿Cómo es posible, caramba?

—Quizá fui cruel cuando supe que se entrevistaba, sin mi consentimiento, con una corista italiana. Nada tengo en contra de las coristas ni de las italianas, créame.

—La creo, Marian.

—Le dije: «Mira, Eric, nuestro cariño es imperecedero y exige

francoise. Si te has cansado de mí, no te lo reprocho. Te gustan esbeltas y yo soy una comilona. Te ruego solo dos cosas: que nuestro hijo nunca se entere, y desde ahora ocuparemos camas gemelas y separadas en todos los sentidos». Los hombres son complicados, Berto. ¿Qué se imagina que hizo Eric?

Fingí meditar profundamente. No tenía la menor idea de lo que debe hacer un marido en un caso semejante y tan poco corriente.

—Se arrodilló besándome las manos, declarando que yo era magnánima noble y otros elogios. Fue emocionante. Lloramos.

La buena señora se debía hinchar de releer novelones de capa y espada.

—Durante algún tiempo se portó bien. Hasta que una amiga me dijo: «Mira, Marian, han visto a tu marido con la famosa Nitribitt. Muy acaramelados». Repliqué que ya lo sabía. Mentira, claro. Pero al día siguiente quedó convenido: Eric tendría mi afecto, y nada más.

—Fue usted muy generosa, Marian.

—Oh, no sé... Tal vez se deba a que soy tonta de remate. Vayamos al caso que me trae. Conoce a Helmut Hengel, ¿verdad? Quiere que esta noche vaya a casa de una joven llamada Serena Katz. A ella también la conoce usted, ¿verdad?

—Pues, sí.

—No conozco personalmente a Serena Katz. Tengo miedo.

—¿De qué?

—Me temo que mi hijo Walt esté enamorado de esta joven. ¿Es peligrosa?

—Depende, según y cómo, claro... Aunque una joven, por excéntrica que sea, puede resultar una excelente esposa.

—Natural, natural. Pero una chica que vive sola y viaja sola, se expone a adquirir modales poco adecuados para convertirse en una buena ama de casa.

Serena cocinando y remendando para un maridito... La idea tan sólo, me produjo una íntima hilaridad.

—No logro entender por qué Hengel nos citó a mi hijo y a mí en casa de Serena. El cuerpo de mi Eric ha sido ya embalsamado y lo transporto a Fráncfort esta misma noche. Todo lo arregló la Embajada. ¿Sabe por qué hemos de ir a casa de Serena? Eso vine a preguntarle.

—¿No se lo aclaró Helmut Hengel?

—Nada de nada. Dijo que era absolutamente preciso que estuviéramos presentes Walt y yo.

—Nada ni nadie puede obligarle a asistir a una reunión social y amistosa, sobre todo teniendo en cuenta que su deber, creo yo...

—Sí, señor, sí. Mi deber es acompañar los restos mortales de mi Eric, pero Walt era tan feliz con la idea de pasar unos días en Cala Blava... No

sé si debo dejarlo. Se ofende si menciono su corta edad.

—Cumplió diecinueve y estudia segundo de Medicina, ¿no? Es un hombre.

—Entonces, convendría quizá dejarle libre unos días.

—Excelente resolución. Una pregunta, Marian. ¿Por qué no quiere que se sepa que ha venido a visitarme?

—Mi hijo es un majadero muy zalamero. Me dijo: «Mira, mamá, no se te ocurra visitar y hacerle preguntas a Berto Duroc. Es un... es un...» ¿No se enfadará, Berto?

—Palabra que no, señora.

—Dijo Walt: «Berto es un fauno, y le entusiasman las damas rollizas. Estarías en peligro». ¿Se da cuenta qué gran majadería? Yo, a mis cuarenta y un años, en peligro.

—Nunca estará en peligro porque hasta el más desvergonzado reprimirá sus instintos ante la calidad y nobleza de su alma, olvidando su radiante hermosura, Marian.

Interiormente me puse colorado como un tomate, por mi relamida y cursi perorata. Pero Marian, extasiada, declaró:

—Muy halagada por tan bella frase, Berto. Nunca la olvidaré.

Levantándose, agregó:

—Celebro mucho esta conversación. Excúseme ante Helmut. Mi deber ante todo. No me acompañe, Berto. Es mejor no dar pábulo a rumores.

En el umbral hice una reverencia caballeresca. Me tendía la diestra. Deposité un tierno beso de mosquetero en el rollizo dorso. Una mano oliendo a pasteles, a cosa buena.

Se alejó Marian Lustig escaleras arriba. Oí el ronquido del motor. Debía fallarle.

De un matorral vecino salió disparada una silueta que botó escaleras arriba. Pasaron minutos. El coche arrancó por fin. Seguí aguardando. Walt Lustig bajaba las escaleras.

Mucho más lentamente que las subió.

Al entrar parecía molesto. Me dediqué a elegir una camisa menos arrugada. Dijo Walt por fin:

—Agradecido de veras, Berto.

—¿Y por qué, si puede saberse?

—Seguí a mí madre y pegué la oreja a la cerradura. Lo oí todo, y si esta mañana hubiese sabido que usted es así... Pero como usted tiene cara de cínico...

—No elegí mi rostro. ¿Y dónde está «Briska»?

—En casa. ¿Amigos, Berto?

—Vamos a comprobarlo, Walt. ¿Qué pasa contigo y Serena?

—Nada. Está muy buena, pero a mí, ni fu ni fa. La conocí el verano pasado. Sabe jugar al ajedrez. Se creyó que me indignaría saber lo de mi

padre. Cosas de hombres. No me indigné mucho. Lo disimulé. Ella no tiene la culpa de ser joven y estar fenómeno. Pero a mí, ni fu ni fa. Yo prefiero las chicas cultas, inteligentes, serias, ansiosas de protección...

—Pues ronda por aquí una ideal: la alemanita Trude Weber.

—Tienes pupila, gran hombre. Ya me fijé en ella... ¿Crees que me haría caso?

—Inténtalo. Con menos años, yo le haría la rosca en plan serio. Será una novia formidable y una esposa perfecta.

—Si tú lo dices... Bueno, hasta mañana, Berto.

Se fue. Terminé de ajustarme la corbata y pasé al cuarto de baño para rociarme el pañuelo con unas gotas de Lyn Abbart. Huele a hierba, a mujer campera. Y me importa un pepino que me tomen por afeminado. Ellos saben que no. Y ellas, si quieren comprobarlo, todo el gusto es mío.

Había olvidado de cerrar la puerta al irse Walt. Ahora, la maldita iba abriéndose poco a poco. Por la abertura apareció una larga mano de rojas uñas. Tanteaba el aire como una zarpa disponiéndose a arañar.

Ansiosamente busqué algo recio para defenderme. No había más que monadas decorativas sin peso.

Un nube grisácea se elevó del suelo ante mis narices. Adquiría densidad, y exhalaba un olor hediondo, una pestilencia de flores podridas. Oí el repique de tacones. Tras la nebulosa gris se silueteaba una mujer. De ojos sesgados y crueles, mejillas redondas, boca golosa y agudos caninos.

Lo que me daba mareos no era el pánico únicamente. Era aquella masa gris envolviéndome, penetrándome.

Perdí peso. Flotaba. Perdí percepción. Volaba. Un vacío absoluto fue calándome y calándome.

Las volutas grises se hicieron blancuzcas como vellones de cordero y me hundí en el confortable colchón lanudo.

CAPÍTULO XII

La luz seguía siendo normal. Sofocada por la pantalla de la mesita, enviaba blancor por el suelo de verde linóleo imitando musgo. Tierno musgo donde mi mejilla se apoyaba.

El resto de mi persona adquirió peso y volumen. Latían mis venas y me dolía levemente la cabeza. Señales satisfactorias de que seguía viviendo.

Y vivía porque, llegado el caso, yo podía ser un testigo favorable.

Estaba a solas. La puerta ajustada. Ningún rumor inquietante. Fui a cerrar la puerta. Y corrí a la cocinilla. Para abrir febrilmente la lata de galletas.

La cinta magnetofónica había desaparecido, como era de suponer.

Consulté mi reloj. Señalaba las nueve y diez.

Cuando me apeé ante el chalet 53, vi que la lechuza dormía como era su obligación. Había luz sobre la puerta. Luz en la sala de estar. Normalidad completa.

Pulsé el timbre. Normal. Ni descarga ni cubo duchando. Empujé la puerta con el pie. Se abrió sin crujidos. No tenía carraca en el tirador de muelles.

Living, cocina y escaleras, todo desierto. No iba yo a repetir la imprudencia de explorar. Instalado en el sillón abarcando toda la panorámica, aguardé.

La galería del piso alto era visible en su mayor parte. También iluminada. Dos puertas cerradas. El cuarto de baño y un dormitorio.

La tercera habitación, ahora invisible, era aquella donde contemplé a Serena en su ataúd. Llamé:

—¡Herr Hengel!

Pese a crearme inmunizado contra toda sorpresa, boté en el asiento. Aunque breve, el agudo chillido femenino que acababa de oír tuvo resonancias estridentes.

Repicaban unos tacones. Con veloz redoble. Unas piernas aparecieron en los peldaños a media escalera.

Luego el rostro afilado, de claros ojos transparentes, rebosando temor, angustia, y un principio de histeria.

Trude Weber se aproximaba. Mirándome sin verme. Caminaba a sacudidas, como si le costase mover las piernas. Chasquéé los dedos.

Abrió la boca, dispuesta a chillar. Grité:

—¡Quieta, Tru, guapa!

Fue lo primero que se me ocurrió. Si surtía efecto en lobas, serviría para muchachas alucinadas. Trude se detuvo tras el diván, cuyo respaldo asió con fuerza. Largos dedos, uñas rojas.

—Hola, Tru.

Agitó ella la melena, pestañeando, hasta concentrar la vista en el contenido del sillón. Contorneó el diván, asiéndose, como una ciega que se orienta. Al sentarse, parecía atacada de afasia verbal.

—Arriba... es horroroso... absurdo...

—Tómalo con calma. Todo lo absurdo resulta lógico discutido con tranquilidad.

—¿Qué haces aquí sentado?

—En pie me cansaría. Fui invitado por Hengel. He llegado tarde.

—¿Por qué sigues sentado? Debes ir arriba.

—No voy a tomarme libertades de tío fresco, visitando dormitorios. Cuéntame las cosas por orden. ¿Te invitó Hengel?

—Sí.

—¿Qué arguyó para convencerte?

—Que en mi condición de secretaria, era mi obligación asistir a unas explicaciones aclaratorias sobre la muerte de Lustig. Vine a las nueve en punto. La puerta estaba abierta. Arriba... una voz me invitó a subir.

—¿Serena o Hengel?

—No sé... ¡No lo sé! El caso es que subí. Solamente había un cuarto abierto. Con luz amarilla. Lo que sigue no lo creerás.

—Haré un esfuerzo.

—La Katz en un ataúd. Tendido a los pies del ataúd... Hengel... ¡Está muerto, muerto!

Esto ya era grave. Me puse en pie. Trude chilló. Señalaba la puerta que iba abriéndose.

Entró el doctor Vernal. Un hombre de mundo, experto en situaciones difíciles.

—Perdonen. No pude evitar oír la última frase de la señorita Weber. Me citó Helmut Hengel. ¿Ha sucedido algo?

Trude Weber recobró su automatismo secretarial.

—No debemos ni podemos informar sin antes consultar con la dirección.

—No está el horno para hojaldres, Tru. Ni me importa la buena o mala publicidad. Has creído ver al periodista Hengel muerto. Lo lógico es que lo compruebe un doctor, ¿no?

Le indiqué a Vernal las escaleras. Trude suplicó con la mirada y asentí:

—No es precisa tú presencia, Tru.

El resplandor amarillo impresionaba poco, yendo en compañía de un

técnico en desequilibrios y excentricidades.

Se detuvo Vernal en el abierto marco. Ladeó la cabeza, murmurando:

—Prepárese a ver algo desagradable, Berto.

—Descrito por usted, lo será menos, doctor.

—Serena en un féretro. Cuatro candelabros. No hay más mobiliario.

Una gruesa alfombra. El periodista tendido en ella.

Entró. Le seguí. Vernal se arrodillaba junto al yacente. Contemplé a Serena en su ataúd. Inmóvil, apacible. Diagnosticaba Vernal:

—Rotura de vértebras cervicales. La muerte debió ser instantánea.

Producida por un instrumento romo.

La diestra de Serena empuñaba algo que semejaba un cetro. Era un pequeño candelabro, con base emplomada y sangrienta.

Al otro lado del ataúd, Vernal auscultó a Serena y le alzó los párpados.

Dijo:

—Mal asunto. Esta desgraciada se halla bajo la influencia de una droga. No corre peligro, hoy por hoy. Pero seguramente ha ingerido LSD o algún otro estimulante.

—Si es adicta a las drogas tendrá también en el cuarto de baño...

En un armario del cuarto de baño había tarritos. Los destapaba Vernal. Iba oliendo. Agitó uno:

—Mescalina. Mal asunto. La policía tendrá que intervenir.

—¿Cuál es su versión de los hechos, doctor?

—Serena debió sobrepasar la toma habitual. Es posible que Hengel intentase algo que a ella no le gustó. La joven debió golpearle.

—¿Conocía a Hengel, doctor?

—Esta tarde me lo presentaron en el club. Su charla era muy interesante. Por lo visto temía por la salud mental de Serena.

—¿Cuando se recupere, recordará ella?

—Con imprecisión. Es su atenuante.

—Puede serle perjudicial a Serena este letargo.

—Le inyectaré sedantes. Los hay en el cuarto de baño.

Manipuló y luego inyectó.

—Despertará dentro de unos cinco minutos. Sugiero que usted mismo la vigile hasta que llegue la policía.

—Conformes.

Bajamos las escaleras. Trude estaba del todo normalizada. Pero volvió a chillar y no se lo reproché.

No iba yo a tener contemplaciones, ni a correr riesgos. Cuando Vernal iba hacia la puerta, le toqué en el hombro y me presentó la barbilla.

No vio subir el gancho. Creció un poco. Mi segundo gancho en el plexo solar lo arrugó por el suelo. Trude Weber seguía chillando lo mismo:

—¡Estás loco, estás loco!...

—El siquiatra ese volvería loco al más sensato, lo cual, por suerte, no

es mi caso.

* * *

Trude comprendió rápidamente y se cuidó de ir a inmovilizar a Paula Vernal en su propio domicilio. Con eficiencia y pulcritud.

Sujeté sólidamente a Venial en el otro sillón. Seguía sin sentido. Un fuera de combate perfecto, aunque sucio. Las lealtades sobran con asesinos intrigantes.

Fui a ver a Serena en su ataúd. Seguía aletargada. Preferí evitarle la desagradable impresión de ver muerto a Hengel, que vivo ya asustaba.

La llevé en brazos y quedó desmadejada en el diván. Se recuperó saludablemente con un lánguido desprezo. Vernal era un buen actor. Fingía seguir sin sentido.

Serena me miró con extrañeza. Se acomodó mejor. Le recordé:

—Fui invitado por Mefisto. Te dormiste, chica.

—¿Otra vez? Ya pasa de la raya... Me duermo de pronto, sin motivo justificado... ¡Ay!

Su exclamación se debía a que acababa de ver al elegante doctor amarrado como un becerro al otro sillón del tresillo.

Se le incendiaron los ojazos a Serena. Su tono fue peligrosamente suave:

—¿Qué hace el doctor Vernal atado y sin sentido?

—Para impedir que abuse de tu afición a las extravagancias, como la dormir en un ataúd. ¿Tomas o no un digestivo después de cenar?

—Pues, sí.

—Le interesaba a Vernal que te aletargases. En tu frasco mezcló hipnótico.

—Pero, ¿por qué le interesaba que yo durmiese?

—La primera noche para que te viese yo en tu ataúd. Un modo de dormir que haría lógica la suposición de que te falta un tornillo. Denuncia los ruidos... y yo vengo. Me deja verte y luego me zumba un porrazo. El coñac lo puso para que me callase de momento. Sólo hablaría si requiriesen mi testimonio. Y así, si surgían complicaciones, te achacarían a ti el asesinato de Eric.

—¿Asesinato? Un infarto, hombre.

—Eso parecería. Y la herida del cuello podía ser accidental. Paula presionó el tacón estilete de su zapato en la carótida de Eric era producirle la «horca blanca». Infarto debido a interrupción de la circulación, mortal para un cardíaco. Lo que parecía un beso, era el chasquido del tacón.

—Pero, ¿por qué Paula, tan fina, iba a matar a Eric así..., de un modo tan feo?

—El padre de Paula, general retirado, se arruinó al invertir todos sus

ahorros en acciones Lustig, que el mismo Eric le dijo a Paula eran buena inversión. El general murió al poco. Para Lustig convertir aquellas acciones en papel mojado fue lo que se llama una especulación a la baja. Para el general De Nevers, supuso la ruina y la muerte.

—Paula se vengó matando a Eric. Pero yo, ¿qué tengo que ver?

—Eric te visitaba amoroso. Tú, con tus lechuzas, murciélagos, ataúd y las drogas en el botiquín... Las puso Vernal, pero esto lo sabía él, no tú. Cuando Vernal fue invitado por Mefisto comprendió que el periodista estaba atando cabos al aludir a cierta cinta magnetofónica. Envío a su esposa a recuperar la cinta en mi poder.

—¿Cómo sabían que tú...?

—Sus prismáticos. Me vieron trasladar el yate. Al aludir Helmut a una grabadora, dedujo Vernal que tuve tiempo en el yate de recoger la cinta.

—Helmut me explicó algo referente a la fantasmal aparición de la célebre Nitribitt.

—Eric conoció a la Nitribitt. Una mujer con máscara de plástico reproduciendo los peculiares rasgos de Rosemarie, ¿le produce o no una ruptura de aneurisma al cardíaco? Pero, por si acaso, para descartar toda relación con otra persona, tú, la drogada, cargarías con el muerto, en caso de que la investigación suscitase sospechas.

—Mira que simular ser la Nitribitt...

—Matar por pánico era una gran venganza.

—Por suerte, llamé urgente a Helmut, porque me intrigaba mi soñera, y además porque le prometí unas vacaciones gratuitas.

—¿Se enteró ya, doctor?

Abriendo los ojos, dijo Vernal calmamente:

—Una sarta de divagaciones de dos desequilibrados. Usted y ella.

—Pruebas al canto de que no, doctor. Trude ha ido a recoger pruebas. La cinta, una, y la máscara de la Nitribitt, dos, aparte del gas adormilón que me echó su esposa, y que se hallará su arsenal de loquero. La relación entre la ruina del general y la muerte de Lustig completará los eslabones.

Serena me contemplaba con gran admiración. Lo cual era mi propósito. Pero lo agradable dura poco. Preguntó ella:

—¿Dónde está Helmut?

—Helmut podía llevar a presidio al matrimonio Vernal. No podía sobornarle. El chantaje esquilma y nunca acaba. Vernal decidió... Bueno, tu empuñabas un pequeño candelabro, pero pesado. El instrumento que desnucó al pobre Helmut. Está arriba muerto. Ante tu ataúd, vacío.

Tuve que intervenir, o hace papilla al doctor. No quise que Serena fuese a la cárcel por homicidio, aunque fuese justificado.

Después me tocó algo sabroso: consolarla. Necesitaba ternura, comprensión y afecto aquella chica.

La policía y los cónsules de ambas naciones involucradas, fueron muy

comprensivos con el director de la urbanización. Era lógico que, creyendo en un infarto, no vieses delito en mover un poco el yate.

Yo salí al jardín a respirar aire puro. Poco después tomé la decisión de largarme. Ya no dormiría a gusto en el *bungalow* envuelto en tupida naturaleza virgen. Necesitaba un cambio urgente de ambiente.

A mi lado, murmuró Serena:

—¿En qué piensas, Berto?

—En mudarme de sitio.

—Yo también. ¿Adónde piensas ir?

—Me da lo mismo. Tengo fondos que me durarán un mes.

—Hay paisajes preciosos en la Selva Negra.

—¡No! Quiero una ciudad ruidosa, un hotel muy concurrido, locales divertidos con gente formando barullo...

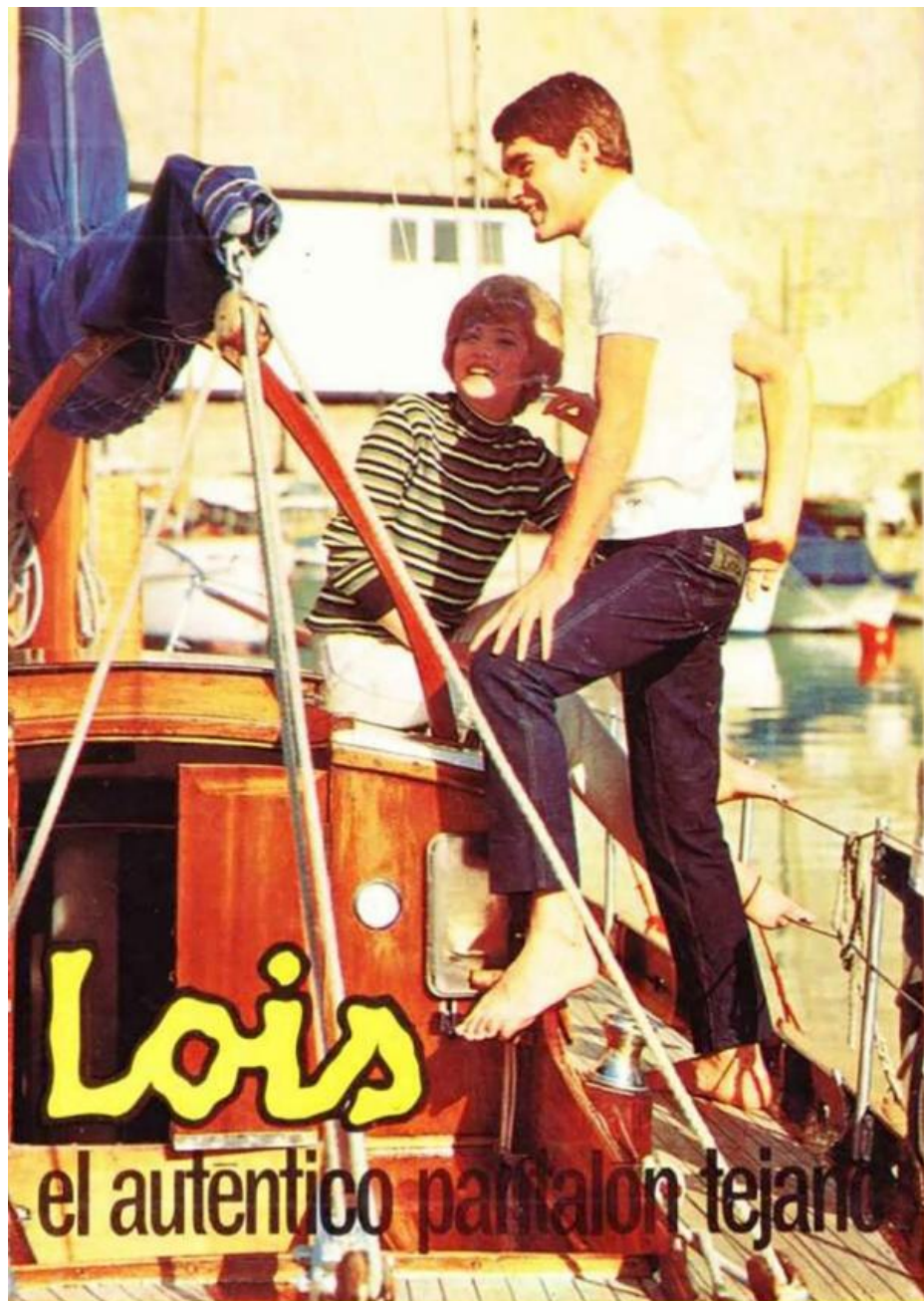
—Te gustaría Hamburgo.

Fuimos a Hamburgo.

Nunca le revelé a Serena que mis grandes dotes de detective se debían a algo sencillo. Al darme la crónica sobre la Nitribitt, adjuntó Helmut Hengel lo que escribió sobre sus certeras deducciones en el caso Eric.

Siempre es preferible que las mujeres le crean a uno adivino y penetrante.

FIN



Lois

el autentico pañalon tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (España)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.